



Miyó Vestrini

TODOS LOS POEMAS

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Miyó Vestrini Poeta y periodista venezolana nacida en Nîmes, Francia, en 1938. Su labor en el periodismo cultural fue tan intensa como en las lides literarias; pues también formó parte de agrupaciones como Apocalipsis, Sardio y El Techo de la Ballena. Su obra abarca poesía, narrativa y biografía, entre las que vale destacar: *Las historias de Giovanna* (1971), *El invierno próximo* (1975), *Pocas virtudes* (1986) y *Órdenes al corazón* (2001). Murió en Caracas en 1991.

« *Mujer y luna*

Alirio Rodríguez (s/f)



128

Todos los poemas

MIYÓ VESTRINI

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nández Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Todos los poemas

MIYÓ VESTRINI

Selección

Elisa Maggi de Garmendia



Índice

PRIMERA PARTE

TODOS LOS POEMAS (1994)

- 17 El canto de muerte de Miyó Vestrini

DE LAS HISTORIAS DE GIOVANNA (1971)

- 31 Prólogo

EL INVIERNO PRÓXIMO (1975)

- 71 I
72 II
73 III
74 IV
75 V
76 VI
77 VII
78 VIII
79 IX
80 X
81 XI
82 XII
85 XIII
86 XIV

87	XV
88	XVI
90	XVII
91	XVIII
92	XIX
93	XX
94	XXI

POCAS VIRTUDES (1986)

101	Prólogo
107	En el patio de Anaïs Nin
110	De letanías y pocas virtudes
114	Sólo tú dirás, amigo mío
116	¿Qué decirte hoy?
117	Los paredones de primavera
119	Los poderosos
120	Extraño adivinador de palabras
121	En marzo no se nace dos veces
122	Nadie parece estar ya triste
123	Hora de putos y perros necios
124	Cuando levanto la cabeza de madrugada
126	Desacato a la muerte
128	Ciertas jornadas se hacen largas
129	Muy poco y muy gris el tiempo que te queda
131	No hay razón para envejecer juntos
	Sortilegio
133	Así de simple
135	Llego tarde porque me siento sola
	Deshabitada

- 136 La espesura rutilante de este gozo
- 138 Miedo de morirte
- 140 Cualquier mes del año
- 142 La bondad del día
- 143 He preparado tu muerte a plena luz del sol
- 144 Lagartos
- 145 Poca cosa en verdad
- 146 No vuelva más por aquí
- 150 Alguien vendrá
- 151 Sobre tus ojos abiertos
- 155 Valiente ciudadano
- 159 Animal de ocasión
- 161 Té de manzanilla
- 164 Vidrios rotos
- 167 Un día de la semana-I
- 170 Diagnóstico
- 172 Caricia
- 175 El silencio
- 177 La llamada
- 179 Un día de la semana-II
- 182 Zanahoria rallada
- 184 Blanca nieves
- 185 El testamento
- 186 El ojo
- 188 El mensaje
- 191 Aranjuez
- 192 El dolor
- 194 El día de las madres
- 195 Horario

- 197 Beatriz
199 La mayoría
201 Nubes sobre el circo

SEGUNDA PARTE
POEMAS INÉDITOS

- 207 Ternura
209 Los viajeros
211 *Frente al dinosaurio de ojos pardos...*
213 Verticalidad del odio
215 Soledad
217 *Algo desapareció...*
219 Mediodía
221 *Los ancianos que se detienen en las esquinas...*
223 Las buenas razones
229 Las historias de irma
234 El invierno próximo
237 Billie, oh Billie, ¡cuánta falta me haces!
239 Pata de pollo
241 En el Vietnam
243 *Un pájaro canta alucinado porque ha muerto su compañera...*
245 La inocencia
247 Morir para siempre
249 La historia de O
250 La reacción
251 La sibila
252 La lámpara
254 El llanto
255 La pena
256 El uso

257	No más
259	El testamento
265	Bibliografía

Primera parte

**Todos los poemas
(1994)**

El canto de muerte de Miyó Vestrini

Lamentar la poca atención que se le prestó siempre a la espléndida poesía de Miyó Vestrini (1938-1991) sería algo así como una queja ritual, en un país que concentra —también ritualmente— homenajes y estudios en torno a media docena de poetas contemporáneos, algunos de los cuales, por lo demás, son verdaderamente grandes creadores. ¿Contribuyeron a este persistente descuido la intrínseca amargura de sus textos, su más visible oficio de periodista cultural, su condición de mujer, su difícil encasillamiento generacional o grupal, la misma actitud de la autora que en ningún momento buscó promocionarse? Qué importa, al cabo. Lo que importa es esta edición de todos sus poemas, publicados e inéditos, de cara a una relectura de nuestra lírica que habrá absolutamente que hacer alguna vez, quizá ya —por las fechas— en el siglo XXI.

Para ella, y considerando textualmente irrelevante la pertenencia de Miyó Vestrini al grupo *Apocalipsis* de Maracaibo, propongo aquí, libro a libro, un doble eje de interpretación: la de una poesía que se quiso —y fue— totalizante, englobando existencia, literatura y política (como la de muchos miembros de la generación “del 58” o “del 60”, de Cadenas, Acosta Bello, Calzadilla, Aray, Caupolicán Ovalles y Valera Mora); la de una poesía declaradamente enunciada por una mujer, con la que su autora sentó las bases de una de las facetas más intensas y ricas de la producción de los setenta a los noventa.

Las historias de Giovanna

Una mujer cuenta —recuerda, inventa— la vida de otra, implicándose —reflejándose, desdoblándose— a sí misma en el relato. El anecdotario, hecho de unas cuantas escenas precisas —pero de bordes desdibujados, de contextos inasibles o múltiples— y de una serie de referencias más sueltas o generales, se trenza y destrenza en el flujo reiterativo con que la hablante, más narradora que sujeto poético, refiere fragmentos de la existencia de una muchacha; interviene comentando, recordando o adelantando la “trama”; dialoga con los personajes. No es fácil —y además, probablemente no importe— armar las piezas para obtener una figura exacta. El poema, por otra parte, no es un rompecabezas o un acertijo. Y, desde luego, queda claro lo esencial del retrato, el sentido —o el sinsentido, si se quiere— de esa apretada trayectoria de la que se nos dan determinados segmentos significativos: infancia de inmigrantes italianos pobres, con el padre trabajando en una carretera de la costa y la madre renegando del nuevo país; niña haciéndose mujer en el pequeño pueblo; viaje a Italia con la familia (¿al celebrar sus quince años?); vida en Europa, sola, por su cuenta; encuentro amoroso (¿en Roma?) con un hombre que pareciera ser un revolucionario latinoamericano; muerte de la joven, en una manifestación o protesta callejera, de localización igualmente problemática. Al expresar mis dudas, aludo también a la riqueza de un texto “abierto” que, por encima de sus procedimientos usualmente narrativos (alternancia de primera —en singular y plural—, segunda y tercera personas; estilo indirecto libre; síntesis de planos temporales, vueltas atrás, personajes, etcétera) y de su combinación de verso y prosa, es fundamentalmente lírico. Con sus 2.500 palabras, Miyó Vestrini no escribió un cuento de ocho páginas —hubiera podido perfectamente hacerlo—, sino un denso y doloroso monólogo de treinta y tres páginas en la edición original (Tiempo Nuevo, Caracas, 1971), jugando con los blancos, con la extensión desigual de los fragmentos, con el hecho de que al volver la hoja el verso se convierta en prosa o viceversa. Y hablo de fragmentos y no de textos o piezas, porque *Las historias de Giovanna* es un poema-libro perfecto en cuanto

tal, uno de los más orgánicos de la producción venezolana contemporánea, del que sería impertinente recortar o entresacar “pedazos”, aunque tal grupo de versos o tal escena puedan brillar por su cuenta.

A todo lo largo de la obra, la hablante o narradora, la que dice “nosotros”, “tú”, “yo”, se acerca y aleja de su protagonista que es, quizá, la destinataria principal, ideal aunque imposible, del discurso. Si el centro del libro se dedica mayormente al relato de la vida de Giovanna, al comienzo y al final se subraya la presencia de esa voz que, en los dos sentidos, es la que cuenta. Así, en los primeros diecisiete versos, la hablante apela a un tú que es indudablemente el de Giovanna (fantasmas y sueños de infancia, tristeza, recuerdos de Nueva York y Roma, polaridad norte-sur que tensa hasta el desgarramiento a la muchacha) para, al pasar la página, dirigirse en *nosotros* (ella y Giovanna, seguramente, pero también los miembros de toda una generación) a otro *tú*: el del adolescente emblemático —abruptamente surgido e invocado solo en esa segunda página y, tras cumplir su función, nuevamente borrado— al que pertenece en exclusiva el futuro y que, por contraste, sentencia a la hablante y los suyos al “pasado roñoso”, la frágil ilusión, el alcohol, la burla, la farsa:

Privilegio tuyo esta guerra, / esta sangre, / cosas que huelen a muerte,
/ pero que estallan en la noche, / con inmenso ruido de manos alza-
das. / Adolescente profano, odioso, irritante, / sonreído adolescente,
/ heredero absoluto de un futuro iracundo, / para nosotros, / pasado
roñoso, / para nosotros, / suerte y licor, / magia de colina, / pájaros en
vuelo / decían, / burla, / farsa.

Si estos versos explicitan una condena —personal y generacional— reiterada en toda la obra de Miyó Vestrini; si su tono y parcialmente el contenido hacen pensar en un concreto poema publicado quince años más tarde, “Los paredones de primavera” (*Pocas virtudes*. UCV, Caracas, 1986), en el que traza el áspero programa de educación, basándose en los horrores contemporáneos (Hiroshima, Dachau, escuadrones de la muerte), de un hijo que “Tendrá la memoria que no tuvimos / y creará en la violencia / de los que no creen en

nada, pero careciendo, al parecer, de esas armas que aún entonces estallaban en la noche 'con inmenso ruido de manos alzadas'; si esto es así, en este lugar *Las historias de Giovanna*, inicialmente paralelas a la biografía o a la novela fragmentaria, constituyen una marca epocal, la de la lucha armada —confirmada más tarde con las manifestaciones contra la guerra de Vietnam—, pero también sugieren o introducen una sombra que acompañará constantemente a la historia de amor de la muchacha. En ambos casos, pudiera considerarse una poética que declara a este libro —y a su registro de derrota— tan existencial como político, así como nos ha resultado tan individual como colectivo. Y, no menos, tan situado históricamente —segunda mitad de los sesenta—, como válido más allá de esos años.

Y en las últimas páginas, la hablante o narradora vuelve a traer hacia sí los hilos del discurso, siendo ella ahora el tú que se compara con Giovanna ("Como tú ahora, /ella mira por la ventana y tiembla de frío"), en una identificación peculiarmente femenina que agrega, o más bien explícita o subraya un rasgo central de esa poética: su enunciación por una mujer, con otra —o con ambas— como protagonista(s), con lo que se ilumina a su vez el carácter también peculiarmente femenino de la materia dramática: esa actitud de espera, pero igualmente de disponibilidad y de pasión, de protección al hombre al que ama, esconde, arropa; esa herida en el vientre; esa soledad, en el pasado de Giovanna y en el presente de la hablante.

El invierno próximo

Los últimos versos de *Las historias de Giovanna* enlazaban a ambas mujeres en una común expectativa de lo frío por venir ("nada puede hacer sino esperar el invierno"), cuando aún había un hombre a su lado ("Todavía duermes contra mí, amado, / como si nada hubiese ocurrido, / tiemblo, / pequeño habitante de un paraje que nunca fue mío"). El siguiente libro, *El invierno próximo* (La draga y el dragón, Caracas, 1975), despliega en sus ocho primeros poemas lo que no es sino una vivencia por adelantado de la estación de lluvias, hielos

y nieblas, o lo que vendría a ser (¿casi?) lo mismo que el temblor y la soledad. Con variaciones, nombrando o no el invierno, una actitud similar prevalece en la mayoría de los demás textos.

Las bellas fotos de Germán González que acompañan la edición original, con sus paisajes reconociblemente andinos, podrían cargar el sentido hacia lo venezolano y lo rural. Pero este invierno, desde luego existencial, lo vive la hablante en una serie de contextos como los que permeaban geográficamente el libro anterior. De manera que, si hay en los versos muros encalados, matas de sábila, azulejos, colinas, bosques, páramos, hay también un puerto, una ciudad, un barco, un bar, andenes, tabernas griegas y atisbos de París. ¿Quedaría lo segundo del lado del recuerdo, mientras que la —más o menos— precisa localización nacional circunscribe el momento de la enunciación? No del todo ni siempre; además, “La larga noche de diciembre comienza en este mismo instante”, lo que remite, al menos en el poema X, a un invierno del Norte, que el resto de las referencias hace europeo. Al cabo, en el mundo de estos textos, en su realidad, lo que tenemos es una estación sintética que concentra lo áspero y lo frío, donde la hablante y sus amigos y amados solo podrán estar *tristes o muertos*, solos en ambos casos, rodeados por la niebla y la lluvia.

De esta evocación melancólica, hecha desde el insomnio y el alcohol, que homogeneiza los textos del libro, se salen cuatro poemas que parecen particularmente interesantes. Así, el IX, con su dolorosa ironía sobre las inútiles conversaciones que, remitiendo a la situación nacional (“el país necesita, / el país espera, / el país tortura, / el país será, / al país lo ejecutan”, etcétera), evacuaba el conflicto con palabras probablemente pronunciadas en la tertulia de un bar. Por su parte, los XII y XIX entiendo que concentran numerosos temas que la poesía venezolana escrita por mujeres va a desarrollar (¿ignorando su enraizamiento objetivo en la obra de Miyó Vestrini?) posteriormente, llenando los setenta, los ochenta y lo que va de los noventa con su particular fuerza expresiva, detallando la “condición femenina” a la luz de golpes, sicoanálisis normalizador, sujeción a determinados patrones de

belleza, tareas domésticas, maternidad agri dulce, abortos, cuerpo convertido en objeto de múltiples manipulaciones —amantes, médicos, asaltantes—. Sería al menos curioso comparar la acumulación de cosas, acciones y funciones del poema XIX, que lleva al inevitable grito de la mujer, con la precedente lista trazada por Luis Britto García en “Ser”, uno de los cuentos de *Rajatabla* (Ediciones Bárbara, Caracas, 1970), definiendo una existencia venezolana de clase media mediante los enseres que la han acompañado del nacimiento hasta la muerte. El poema de Miyó Vestrini no es solo una versión “en femenino” de la cosificación, sino también una protesta casi aterrada, proferida desde dentro. Finalmente, el XXI cierra el libro con un diálogo entre mujeres del que solo oímos una de las voces, en el que a la soledad y al desamor, al despecho “boleroso”, al aburrimiento y a las lágrimas se une la referencia a “la memoria y la guerra y los fantasmas de mierda”, lo que nos remitiría una vez más a Giovanna, a la derrota política y existencial, al país —torturado, ejecutado— de una hablante también (ver poema XIX) pacificada y jodida.

Pocas virtudes

Los 27 poemas de este libro (muchos de ellos breves; combinando con frecuencia verso y prosa, aunque de manera menos sistemática que en *Las historias de Giovanna*; volviendo a escenarios habituales de la autora: Roma, Nueva York) no hacen más que detallar lo avanzado en los dos anteriores, pero acentuando un canto de muerte que tiñe la mayoría de sus textos.

Cierto que la muerte nos acompaña siempre en esta poesía, de diversas formas. En *Las historias de Giovanna* quizá podíamos distinguir entre una muerte militante, la de las armas democráticas que estallan “con inmenso ruido de manos alzadas”, y también la de la propia muchacha, comprometida en algún tipo de acción (“Después de ti, / tantas otras han muerto, / pero ninguna de ellas por razones tan buenas como las tuyas”), y una muerte natural, ya anunciada por “la rigidez en la nuca” al levantarse. Se desea “una dulce muerte”,

pero se sabe y se teme que “cierta forma de morir más ruda nos espera”, acaso igualmente —o además— por causas políticas.

En *El invierno próximo* se reitera el anhelo de “que la muerte sea simple y limpia / como un trago de anís caliente / o una palmada cuyo eco se pierde en el monte”, donde más se subraya lo sencillo y lo súbito que lo paisajístico, y refiriéndose al alcohol que en este libro, si no en toda su obra, es exorcismo (“me dedico a la bebida para evitar el infarto”), plenitud de la que se carece (“Si yo hubiera tenido un padre borracho y alegre”) y quizás, única o última forma de inocencia (“un borracho que canta / es más que suficiente / para la inocencia”). Por lo demás, en el futuro —de la hablante y de los suyos— no hay sino tristeza o muerte, y es esta una “vida de mierda” donde “rien ne va plus”.

La distinción en *Pocas virtudes* encarnaría en la alternativa entre amor y muerte, que es a veces la de matar o morir. Comparado con frecuencia a la furia, pero también a lo dulce, en suaves y discretos elogios de la carnalidad, ese amor con compañeros lunáticos y desastrosos —como la hablante, claro— es lo único que salva o mitiga la repetida sensación de ser agredida a muerte en numerosos poemas, por asesinos conocidos o anónimos, en medio del horror cotidiano y sin gloria: “muerte de grandes ciudades / y pocas virtudes”, que quizá encuentra su expresión más intensa en el poema “Muy poco y muy gris el tiempo que te queda”.

El miedo de morir no resulta contradictorio con el “quiero morir antes de tiempo”, en situaciones de soledad, tristeza, asco: “Si hubiera sabido todo esto / no me agarran viva”, llegando al elogio del suicidio (asociado a un abuelo que era “alto, triste y bebía a escondidas” y “se lanzó al Rin”, en el poema “Llego tarde porque me siento sola”) o enarbolando, en contraste, “la verdadera ira de los suicidas”. Por otra parte, ese mundo “de aguaceros infernales / y planicies oscuras” que queda para su hijo (“Los paredones de primavera”) no invita demasiado a seguir viviendo. Mientras que, en una época que parece haber reducido la entidad de aquel estallido de bombas revolucionarias al sensual “estallido secreto de nuestras bocas”, solo el amor —por encima de la

fragilidad de las uniones— es capaz de revertir la victimalidad de la hablante o su atracción por el suicidio: “Te oigo debajo de mí, / respiras y sueñas / y regresa el corazón palpable / decidido a latir / latir / latir / y matar”.

Valiente ciudadano

En contraste con la decena de textos que, en el libro anterior, oscilaban entre las 20 y las 60 palabras, el hasta ahora inédito *Valiente ciudadano* se decanta por la extensión de sus 21 poemas, la mitad tiene entre 200 y 400 palabras, mientras otros seis superan holgadamente las 100. Con ello, pasamos de la concentración, la estilización y el relativo ocultamiento de datos a la explicitación, el despliegue anecdótico, cierto prosaísmo y una vuelta a la narratividad. Hay algunas enumeraciones (filmes, autores: Mallarmé, Lautréamont, Éluard, etcétera). Se multiplican las referencias al contexto urbano (supermercados, bares, restaurantes, autobuses, vecinos...), en correspondencia con el detallamiento de las actividades cotidianas (cocinar, bañarse, ir de compras), pero en general no se pierde la intensidad.

Desde el primer poema, “Valiente ciudadano”, sigue el canto de muerte, con una inédita apelación a Dios que no sea probablemente más que una figura retórica, y asociado parcialmente a cierto sentimiento de culpabilidad, anteriormente aparecido en el texto número XX de *El invierno próximo*, con una similar relación con la muerte. Lo que era entonces: “No en vano / he sido tan cruel, / no en vano / deseo / cada tarde, / que la muerte sea simple y limpia”, es ahora: “Dame, Señor, / una muerte que enfurezca. / Una muerte tan ofensiva / como a los que ofendí”, y: “Permíteme, Señor, / contemplarme como soy: / el rifle en la mano / la granada en la boca / destripando a la gente que amo”. La reducción de las armas a instrumentos de agresión a los suyos es otro signo del cambio epocal. La lista de heridos, a lo largo del libro, incluiría —y entendiendo siempre que la hablante sufre tanto como ellos— a la madre, al hijo, a los amantes. A la primera —ya maltratada en algún texto de *Pocas virtudes*— se le pide cuentas por la doble pertenencia de la hablante, desgarrada

entre la cultura francesa y la latinoamericana: “Vete a la mierda, / me dijo mi madre / cuando le reclamé todo esto. / Se dio vuelta hacia la pared y murió. / Ocupé su sitio / detrás de la mesa / y dejé que peinaran mi cabello” (“Animal de ocasión”). Asumida, entonces, como propia la condición de madre, ella la ejerce con una mezcla de dureza y ternura, de ironía y amargura, expresada en el poema “Caricia”, menos áspero al cabo que “Los paredones de primavera”, del libro precedente.

Las crisis de pareja ocupan varios textos (“Vidrios rotos”, “La llamada”, “El mensaje”, “El dolor”), articulándose en “Aranjuez” al canto de muerte, a su vez asociado a otro de los temas recurrentes: la degradación del cuerpo. Ironizando el suicidio, se detallan las crecientes imperfecciones de una carne sometida al tiempo. Lo mismo se hace en “Diagnóstico”, exponiendo desde el útero a los dientes a un examen implacable y, por supuesto, condenatorio. También, trazando un arco del nacimiento —en 1938, como la autora, y en paralelo al fallecimiento de Vallejo— a la muerte, presentida, temida y deseada, fingida o vivida por adelantado en el texto, se lleva a cabo en “Un día a la semana”, verdadero poema “de cuerpo presente” en el irrisorio escenario de un bar:

La noche anterior estabas decidida:
 si no puedo dormir,
 escogeré la muerte.
 (...)
 Solo dijiste:
 dos partos,
 diez abortos
 ningún orgasmo.
 Y tomaste un largo trago de vino.
 (...)
 Morir
 requiere tiempo y paciencia.

Se entiende entonces la justificación del suicidio de su amiga “Beatriz”, que a los 53 años (¿los que tendría Miyó, si el poema fuera de 1990-91?) “No

quiso participar en la grotesca ceremonia / del elogio a la decadencia”. Se nos notifica, además, que ya la hablante cometió algún intento frustrado, médicamente castigado, como se registra, con escalofriante ¿frialdad?, en “Zanahoria rallada”: “El primer suicidio es único. / Siempre te preguntan si fue un accidente / o un firme propósito de morir. / Te pasan un tubo por la nariz, / con fuerza, / para que duela / y aprendas a no perturbar al prójimo”. Mientras que la polaridad amor-muerte, vigente aún en *Pocas virtudes*, se ha adelgazado hasta desaparecer en la práctica.

En suma, como sabemos, triunfó el canto de muerte: el suicida de papel que es casi todo poeta, no siempre se salva.

JULIO MIRANDA

de
Las historias de Giovanna
(1971)

A Mary

A Mariana

Prólogo

Un libro de palpitante, lúcida y agónica resonancia interior. El mundo o paisaje de lo externo se confunde con el resplandor de Giovanna en su comunicación que a veces resulta, de tan temeraria, un suceso poco previsto en el linaje de las palabras. Me refiero a ese tono recóndito y terso que somete al lector a un sostenido e “implacable delirio de la memoria”. Sobre este increíble esfuerzo el poema revienta en todas las direcciones posibles, hacia la consumación total, hacia el abandono de toda resistencia por someterlo a rígidas o precarias habilidades conformistas. En efecto, este libro exige un profundo y apasionado desplazamiento sobre la superficie del espejo. De los espejos contradictorios. Bien pudiera hablarse, entonces, de un espacio o tiempo reservado para las cosas que se fueron, y otra posibilidad, no menos abstracta y contundente, para lo que no suceda o suceda siempre en el plano de las alternativas: presente o futuro. En todo caso, la experiencia de la poesía que Giovanna logra transmitir implica el desenfado más apropiado y sutil de esa zona violable, cambiante, luminosa y terca del pasado.

Zona de sumo interés y desconcierto. El poeta abre y descubre una nueva flor: su perfume no importa que exista, está allí como insistiendo, como forcejeando, como no siendo, pero con cierta calidad no apta para desaparecer en definitiva.

Así me ha entregado el conjunto de todas las páginas del libro. Un misterioso y solitario acto. Tal vez no alcance yo mismo el significado del análisis merecedor, pero, en verdad, Giovanna va más allá de un tutelaje concentrado en apreciaciones particulares. Su poder marca y obsesiona. Es la síntesis y la evocación prolongada de un inmenso depósito humano. La autora eligió los medios perfectos: un verso libre, con la medida justa al propósito de la analogía, y una prosa cuyas intuiciones bordean el equilibrio entre lo puramente formal de la escritura y lo llameante de la imaginación. Al insistir en las múltiples interpretaciones del texto, debo apuntalar tres consideraciones importantes:

1. Giovanna es un libro de constante flujo y reflujo. Su independencia, aunque pudiera ser absoluta, en el sentido de leer como unidades separables el verso y la prosa, no es sino un espejismo que se destruye por su propia timidez.
2. El mito del lenguaje se sustituye por un marcado y simple trasfondo de ausencia. No se trata en ningún caso de evitar, por miedo a lo pomposo o retórico, la ayuda de ciertos elementos válidos a la expresión poética, tales como adjetivos, citas, determinadas y excluyentes formas métricas, reiteraciones, etcétera. El hallazgo es haber tratado una situación, real o delirante, con voces y aullidos enteramente existenciales.
3. Giovanna aporta a la nueva poesía venezolana otro rumbo de incalculable interés, tanto en su forma, como en su contenido. Eso, sin dejar de reconocer sus múltiples méritos, es también lo que me entusiasma y alegra.

LUIS CAMILO GUEVARA

Los pétalos marchitos de la tía,
el impermeable del abuelo en la perchera,
fantasmas acorralándote en los espejos,
memoria de baratijas,
todavía dices estar triste por eso,
sueño descomunal de una infancia
que va y viene
como pájaro de mal agüero.
Pasó el momento de llorar recordando
 el suave olor invernal del Hudson,
y los galopes,
a toda carrera,
hacia el final de la vía Cavour,
Roma,
primavera,
estallante nostalgia,
acecho desde el sur,
torbellino subterráneo de ciertas playas del norte.

Algo tan duro como las puertas que los parientes
batían sobre nosotros
viene contigo,
soberbio,
exasperante adolescente,
contigo,
tendido allí,
bajo el tenue soplo de un aire vivo.
Privilegio tuyo esta guerra,
esta sangre,
cosas que huelen a muerte,
pero que estallan en la noche,
con inmenso ruido de manos alzadas.
Adolescente profano, odioso, irritante,
sonreído adolescente,
heredero absoluto de un futuro iracundo,
para nosotros,
pasado roñoso,
para nosotros,
suerte y licor,
magia de colina,
pájaros en vuelo
decían,
burla,
farsa.

Toda la noche, Giovanna le ha sostenido la cabeza esperando que concluya su delirio. Giovanna, semidesnuda, muerta de risa, impregnada de un perfume oscuro y dulce. Giovanna que le habla entre dientes y mira de reojo la hora. Giovanna, despeinada, con el brazo entumecido a fuerza de aguantarlo contra el diván.

Hacíamos votos por una dulce muerte

y hoy,
continente de flores claras,
sofocadas por el humo de los hornos,
sabemos que cierta forma de morir más ruda
nos espera.

¿Lo sabías tú, Giovanna?

Después de ti,
tantas otras han muerto,
pero ninguna de ellas por razones
tan buenas como las tuyas.

Sonabas los dedos al cruzar la esquina,
para que te trajera buena suerte,
decías,

gritando no se sabe qué cosa,
la chaqueta azul,
los cuatro botones dorados,
los zapatos de lona y el viento
revolviéndote los cabellos.

Todo mezclado, Giovanna
 como esa neblina que enturbia la fuente de la plaza
 y nos llama a la dulzura de una sola estación.
 Pequeña trampa cotidiana,
 para echarnos
 de cara al cielo,
 para no advertir
 sangre y agua y frutas,
 temblor en los ojos de los vivos,
 prisa en los ojos de los muertos.

He andado el país, Giovanna
 de nada sirve haber amado tanto la lluvia,
 el olor del mar,
 los revolcones en la hierba,
 flores claras del continente,
 idioma brutal,
 these things you don't forget,
 insoportable, Giovanna,
 aquello que golpea desde adentro
 largo dolor jamás concluido
 descubierto un día,
 hace mucho,
 mucho tiempo.

Viene de paso, ha dicho, y desde un principio quiso tocarle los senos y hablarle del sur, mirarla, preguntarle si entendía lo que le estaba diciendo. Es imposible, Giovanna, murmuraba, saber ahora cuándo comienza la primera aventura europea y si alguna vez existió. No importa ignorarla, reducirla a una voraz temporada de camas deshechas, cuentos inacabables y tristes, idéntica luz que desde el balcón se mezcla con el oeste de la ciudad. Pienso que es grave, Giovanna, no poder confundir los acontecimientos, en una sola historia lisa y tranquila, con personajes normales o no, siempre en orden alfabético. Y de esa historia sabríamos tú y yo, tú en estas playas del norte, yo en mi departamento del sur.

Conocíamos bien el desorden de las mañanas de octubre,
la rigidez en la nuca, que comienza al levantarse,
espantoso signo de que nos vamos a morir,
tiesos y enérgicos,
incapaces de hacer un gesto para evitar
el síncope.

Creíamos que la costumbre de recordarlo todo
era razón suficiente
para no hacer sino lo indispensable.

Si de memoria se trata,
no seamos cómplices, Giovanna.
No es la fresca sombra de Luxemburgo,
ni el callejón de la vieja linterna,
ni Dalmacia, ni Praga,
ni el taburete que gira,
ni el olor a fritura.

Como ahora tú
—y no estoy recordando, podría jurarlo—,
escucho el jadeo,

aspiro el olor de aguas ácidas,
olor que permanece después de las risotadas,
retumbando contra las paredes del reservado
 llenas de letreros obscenos.

Como ahora tú, Giovanna
canto una balada,
miro los vasos que van de mesa en mesa
y hago el amor sobre banquetas de raso rojo.

Giovanna ha soltado los cabellos grasosos del hombre, confundidos ahora con el terciopelo del diván. Cierra la bata, se recoge la larga melena hacia atrás, sin dejar de mirarlo, sin dejar de ver la tapicería rota en algunos sitios. Teme complicar la rutina adquirida de una vez por todas, cuando después de ver en una vitrina del centro aquella mujer rubia y esplendorosa que invitaba a conocer Grecia y los mares del sur, decidió que las luces del Mediterráneo y los jardines colgantes de Babilonia serían un día su única y gran aventura. El hombre está despierto, Giovanna lo sabe. Giovanna rehúsa hacer café, lavarse la cara, vaciar los ceniceros. A la espera de algún acontecimiento, se sienta frente a él, con el aire del norte a sus espaldas, indiferente ya a todo juego.

Que nadie lo dude:

él amaba a Giovanna, después de una
noche con ella,
borracho,
inclinado sobre la cubeta,
dejándose sostener la cabeza por Giovanna,
Giovanna con el vestido desabrochado y
un solo zapato puesto,
“ragazzo triste como me, ieri ti ho visto al bar”,
y ahora le tiembla el vaso en la mano
sobre el mostrador lleno de porquerías
él, aún avergonzado de no haber podido
hacerle el amor a Giovanna
de haberla tendido desnuda sobre el piso,
tratando de penetrarla con gestos locos de alguien
que le ha pagado cuatro dólares a una puta.
Todo el tiempo pasado en el sofá.
Esa manera de contemplarlo,
como si ambos estuvieran a punto de morir.

Nunca te vio, Giovanna, años más tarde,
 tendida sobre la camilla
 gimiendo a propósito con monotonía,
 apretando la mano de la enfermera,
 con aquella estupefacción en los ojos claros,
 flores claras del continente,
 sangre que huye desde el vientre,
 último temblor de las ciudades visitadas alguna vez,
 frágil,
 concisa visión de los árboles que rondan,
 madre dulce para tocar y oler, gritaba,
 ¿qué habrá tras la montaña donde día y noche
 cantan los pájaros?
 Sin recordar a Giovanna,
 preveía la nostalgia de la noche,
 el lento olvido de los días siguientes.
 Le hablo del sur y no comprende,
 hace ya varias horas
 que me sostiene sin moverse,
 se ve cada vez más agotada,
 cree que me voy a quedar con ella,
 y mira el titular “le blanc,
 la bombe atomique lui pétera au cul”,
 y se confunde de nuevo con el hilo de una
 historia,
 que nada tiene que ver con Giovanna
 ni con el mar.

Giovanna trata de encontrarse con el hombre en algún lugar de la ciudad, pero no es el sur, no es el sur, se repite desolada, y canta “oh baby, oh baby”. Los dos han salido a horas habituales: él todavía de paso, ella, apacible personaje de otoño.

Ya no puedes equivocarte en torno a los sitios,

Giovanna,

hay ahora un límite para todos ellos.

Mapas de tierras rojas, ríos y mares azules,

líneas negras de caminos,

líneas grises de aeropuertos,

el dedo sobre el papel sigue la distancia exacta

entre el puerto y la montaña,

la ribera y el sur,

y él imagina la historia de Giovanna,

la historia que contará Giovanna

cuando salga de su departamento del norte,

con el croquis de un departamento del sur

en su bolsillo.

Querida Giovanna, no te hablé bien de mi insomnio, ni de las latas de cerveza sobre la mesa redonda, donde te escribo ahora. En el croquis, invertí el orden del balcón, de la cocina, sala de baño y comedor, para que todo lo recuerdes mal, para que me veas en la sala cuando en realidad estoy en el cuarto, para que echés al olvido la memoria que crees guardar, para que en invierno no sepas cómo tengo ganas de ti.

Ocurrirá cuando hayan pasado quince días,
cuando Giovanna comience a sentirse
hostil y agresiva.

Hoy, lee los periódicos,
imagina la guerra,
trata de descifrar fotografías borrosas,
“...cuatro mil o más manifestantes
desfilaron contra la guerra del Vietnam
en Kufuer”,

no entiende el nombre,
salta algunas líneas,
regresa al principio,
se pregunta qué estará ocurriendo,
abierta a toda sospecha,
culpable, piensa,
de hacer tantas cosas al mismo tiempo,
de no obedecer órdenes útiles y precisas,
de nuevo la conserje,
el ascensor que chilla entre el primero

y el segundo piso,
y el desaliento, querida Giovanna, para que
todo lo
recuerdes mal.

Deja que el periódico resbale bajo el brazo,
para ganar tiempo,
recogerlo,
buscar la llave,
entrar, evitar el sofá roto y los platos sucios,
mientras en el otro extremo de la ciudad,
pese al brusco estupor que lo asalta,
el hombre está a punto de despertarse.
No podías entonces, Giovanna, sino guardar
silencio en la oscuridad
recordando lo leído en la revista,
como una historia confusa y extraña,
de un hombre que había muerto en el sur.

Giovanna se mira el pulgar, lo imagina en una caja de metal, rodando de un lado para otro, con pellejo y uña; lo toca cálido y vivo encerrado en la palma de su mano, latiendo, latiendo, latiendo.

No podías entonces, Giovanna, sino ocupar
tu tiempo en la memoria,
pequeños recuerdos de avenidas y plazas y
árboles,
o coserle el ruedo a la bata gris
o asomarte al balcón tratando de ver el mar.

Giovanna, no recuerdo cómo se llega hasta tu casa, es increíble lo corto que ha sido el día, todo se parece un poco a tu olor de ayer. Si al menos, Giovanna, supieras mi nombre o entraras a comprar cigarrillos en este bar, podría hablarte otra vez del sur. Giovanna, por muchas vueltas que dé en esta ciudad desconocida, no te voy a encontrar. Me sentaré en el paseo iluminado, es forzoso que pases, alguna vez entre hoy y mañana.

Cuando Giovanna cumple años,
el capitán la invita a sentarse a la mesa
adornada,
y ese día
el barco cruza la línea del ecuador.
Alguien aplaude más fuerte,
Giovanna sopla las velas,
inclinada hacia adelante, la cara sudorosa,
el traje con lacitos y la cadena de oro,
ella piensa ya en Santa Margherita de Ligure,
Grosseto y Carrara,
nombres mezclados a la ira de la madre,

que los pronuncia como un conjuro, que tuerce la boca cuando el sol en el patio la enloquece, que llora de desconsuelo cada vez que abre el baúl. El padre llega a la caída de la tarde, siempre con algo que contar, el peón mordido por la culebra o el avance de los trabajos en la carretera costeña. En la habitación, el abuelo habla de la voz aguda de la madre, *in crescendo* decía. En las postales que todos los días lleva al Correo, la madre escribe “aquí hace mucho calor” y

sigue llorando muy fuerte, durante semanas, hasta que el padre le promete un viaje a la capital y un crucero por el Caribe.

Han soplado las velas, el vino italiano es acre,
recuerdas, Giovanna,
los galopes a toda carrera,
aburrirnos menos, habías dicho,
dejar de repetir que aún no era nuestro turno,
como si para entrar en una batalla, decías,
hubiese que esperar un turno, un ticket,
una cola,
una chapa de metal, un carnet,

y Giovanna comenzó a correr alrededor de la plaza, saltaba obstáculos con sus largas piernas, gritaba a voces consignas de soldado, levantaba su falda contra el viento, sacudía los brazos, inmensos pañuelos de seda. Locos, asesinos, gritaba, la plaza se llenó de gente y cuando estalló el ruido, el silencio, nadie se atrevió ya a cruzar hacia ella.

fuiste la primera en amarlas, Giovanna,
flores claras del continente,
y aún repetías en la camilla

con aquella voz de pajarraco,
locos, asesinos,
mientras nueve mil kilómetros de calles en
Nueva York
se cubrían de escarcha y sangre.

Historias,

historias,
 chillaba el padre,
 sobre la mesa la madre ha puesto el pollo frito
 y las tortas de harina,
 afuera,
 el calor hace chillar el portón de metal
 y, desde la plaza, los muchachos silban a
 Giovanna.

Ella no sabe aún
 que tendrá que esperar más de un año
 para que la inscriban en la escuela del pueblo
 y la lleven a saludar al dueño de la botica.

En el autobús, Giovanna ha visto el gesto del anciano cuando escupe una gruesa y roja saliva en un vaso de cartón y trata de vaciarlo por la ventana. El viento abate sobre Giovanna el líquido viscoso que ahora resbala en su brazo. La madre grita furiosa mientras limpia a Giovanna con un pañuelo blanco y agua de colonia. El viejo se voltea para mirarla: Giovanna se ríe con él, sucio

y desdentado, con ese azul impreciso que tienen los ojos de los viejos. Llegan. La madre le cuenta todo al padre y termina llorando, preguntando otra vez cuándo nos iremos de aquí, cuándo regresaremos a Europa a celebrar la Pascua Florida. Desde la plaza los muchachos silban a Giovanna, de nuevo, y ella los mira, riendo y haciendo gestos. Giovanna llora y se pasa la lengua, allí donde el viejo la había escupido.

Tal vez,

imaginando que un día iré al Sur,
 podría ahora,
 como tú,
 asomarme a la ventana
 rascándote el pecho, me dijeron,
 y no recordar ya nada.
 Dirían entonces que Giovanna no tiene
 nostalgia
 y que algún apasionado delirio
 le ha devuelto Florencia,
 el paseo en lancha con los padres,
 los amigos de la plaza,
 la montaña y los pájaros,
 dirían que no es más que una pequeña
 historia,
 de esas que siempre terminan bien.
 Nadie ha venido hasta ahora,
 ningún galope en la noche,

ningún rumor que sobresalte a Giovanna,
tendida sobre el sofá,
dormida en la camilla,
sentada en la oscuridad.

Flores claras del continente,
si alguna vez he llorado sobre ellas,
en cuclillas o de pie,
es ahora,
cuando el mar corre a mis espaldas,
como un paisaje de provincia.

Historias,
historias,
dice Giovanna,
todo nos es común,
salvo ese principio de otoño,
salvo las voces de los niños,
salvo la hierba fresca,
el abrigo vino tinto y los zapatos
que filtran la humedad.

Cuando caí, del otro lado de la plaza,
solamente pensé en los largos días de pena,
en la quietud del Trastevere,
en esa espera, que había sido inacabable.

Te vi, encorvado y triste,
mirando el puerto de Hamburgo,
esperando que yo despierte
para llevarme a comer
y a montarme en el tranvía.

Se mueve la cortina en la penumbra,
trapo lanudo, oloroso a madera sucia,

y a manera de un animal que inverna,
 Giovanna se apretuja contra ti,
 habla de todas las guerras, de todos los amores,
 ¿esperarás alguna vez a Giovanna en

Hamburgo?

Apenas recuerdas el otro sitio,
 el trago fuerte, tu risa sobre ella,
 papá, mamá, ven a ver,
 delirio implacable de la memoria,
 historias,
 historias,
 murmuras,
 aun sabiendo que al acecho
 otra memoria de muerte te vigila:
 no tendrás tiempo suficiente para llegar a

Hamburgo antes que ella,

y esperarla.

De esas cosas que recuerdas, Giovanna,
 me sorprende todavía cuando enciendes
 las luces.

Te miro apenado,
 los pies anchos y palurdos ensuciando el piso,
 tú, preguntándote,
 por qué acepté guardarlo unos días,
 es mejor no decirte cómo me llamo
 ni de dónde vengo,
 y tú recordando que yo había dicho lo mismo,
 acostado en el sofá
 me dormí de un solo golpe, con la boca abierta.
 Giovanna le coloca encima una manta,

mira de cerca la barba espesa de varios días,
el cuello sucio de la camisa
la mano encogida
la pequeña cicatriz en el brazo.
Pero Giovanna ya no puede inventar nada,
ni sentarse al lado del hombre dormido
esperando que llegue el alba.
Como tú ahora,
ella mira por la ventana y tiembla de frío.
Quisiera oír su opinión, te dije, Giovanna, el hombre camina a lo largo de la
habitación atento al rumor,
es una bella historia, responde Giovanna,
no quiero que tenga recelo,
y el hombre se detiene
alto y silencioso,
como ahora tú,
pensando en el sur.
Mil caídas,
diez mil personas lamentándose,
en los oídos de Giovanna el estruendo,
antes de pensar que va a sentirse mal,
antes de imaginar la náusea,
el peso repentino del vientre;
nada puede hacer sino esperar el invierno,
un leve coraje apenas, hace golpear más aprisa
su corazón.
Todavía duermes contra mí, amado,
como si nada hubiese ocurrido,
tiemblo,

pequeño habitante de un paraje que nunca fue
 mío,
 olvido,
 flores claras del continente.
 De todas las cosas que hoy recuerdo,
 como ahora tú, Giovanna,
 entre hoy y mañana, en el paseo iluminado.

El invierno próximo (1975)

A Mariana.

A Luis A., por las rosas rojas de Broadway.

A Marta y Ángel.

A María Teresa.

*No tenemos sino esta virtud: comenzar cada día
la vida —frente a la tierra, bajo un cielo que calla—
esperando su despertar.*

CESARE PAVESE

A Raúl

Días tranquilos que pasan como una ráfaga de viento
porque el invierno próximo,
lo sé,
cuando no haya testimonios posibles
que mitiguen el temblor y la soledad,
bufará la lluvia tras los muros encalados.
Tardío se hace este invierno,
imágenes del invierno próximo
arrogantes y graves
como el desorden de la casa.

II

Ahora,

la estación de las lluvias está próxima
y no es cosa de preocuparse.

Cuando el vecindario amanezca sofocado por el furor,
pensaremos en la rudeza de nuestros antepasados

y la vecina,

recogidas sus anchas piernas desnudas,

me mirará,

muy quieta,

preguntándose por qué me importa tanto el invierno próximo.



No sientas el puerto

ni la tinta

ni el río

ni el vino bueno

ni las hojas creciendo bajo el hielo

ni las calles confusas de la ciudad,

no te dejes ir:

atiende esta larga ceremonia en la cubierta del barco

especial ceremonia de la gente

que quiere saber cómo será el invierno próximo.

IV

Alguien se levanta

abomina las imprecaciones

sabe que al fin,

habrá algo no memorable.

Obscenos,

definitivamente,

los ojos del amigo

donde nace el conjuro.

V

El invierno próximo

estarás triste,
 recordarás a Mahler
 o habrás muerto.
 El invierno próximo
 vamos a estar tan solos
 como si la niebla se lo hubiera llevado todo:
 la tierra,
 el verano,
 la casa de la esquina,
 el bar,
 los andenes,
 las tabernas griegas
 y el motel que reposa
 arriba,
 sobre la colina.

VI

A Soledad

Cada vez que oscurece

amor mío,

me sorprende un rostro brumoso en los espejos

y escucho como llueve fuerte,

como llueven los aguaceros.

El recuerdo

la terrible indisposición de los que recuerdan algún lugar,

¿hay alguien en el camino?

no hay nadie en el camino

amor mío

y paso distraída

sin ver el balcón donde chillan los azulejos.

Temo recordarte aún el invierno próximo

y la madrugada ya andando,

hago el último,

furioso intento,

para dormir sin sueños ni claridades.

VII

Han concluido los paseos,
los silencios amables,
el ruido sobre la grava,
tu cuerpo fatigado.
Cuando llegue el invierno próximo
estaré en el cerro
tendida,
enojada,
estremeciendo el techo de madera.

VIII

A causa del invierno próximo,

tiemblo detrás de ti.

Huelo,

me asombro,

y viene de nuevo

la transparente pesadumbre.

IX

El país, decíamos,
lo poníamos en las mesas,
lo cargábamos a todas partes,
el país necesita
el país espera,
el país tortura,
el país será,
al país lo ejecutan,
y estábamos allí por las tardes
a la espera de algún doliente
para decirle
no seas idiota
piensa en el país.

X

A Elías

La larga noche de diciembre comienza en este mismo
instante.

Mi dulce desventurado

qué gris

qué fugitivo estás.

La lumbre crepitante en tu memoria

es posible silbes entre dientes,

no sé,

tan dócil,

tan disponible,

tan muerto sin remedio en la pared de enfrente.

Pienso en tu rencor,

en tu áspero desarraigo,

en L'île Saint Louis y el polvo de la Sierra,

en el olor del cuero de las monturas,

y en tu respirar a golpes

la espalda encorvada y cruel.

XI

Entra la vigilia del desvarío,
el lento grito,
el temible resentimiento.
Aunque no te reconozca entonces
esperaré
la caja de vidrio con el ruiñón adentro,
el llanto que estalla bajo las matas de sábila,
una velada,
cualquier cosa que nos reúna,
alegremente.

XII

A Luis Camilo

Me levanto

no me levanto

me detestan

me ligo

atropello a un motociclista con alevosía y premeditación

me entrego al complejo de dipo

deambulo

estudio con sumo cuidado las diferencias entre dirritmia-
psicosis-esquizofrenia-neurosis-depresión-síndrome-pánico-

y me arrecho

quedo sola en la casa cuando todos duermen

compro una revista que cuesta seis dólares

le roban la cartera a mi mejor amiga

me agarran

amo a mi amigo

lo empujo

lo asesino

recuerdo el paraguas de Amsterdam

y la lluvia

y el gesto airado
me dedico a la bebida para evitar el infarto
mastico la comida cincuenta veces
y me aburro

y me aburro
adelgazo
engordo
adelgazo
me transo
no me transo
me quedo quieta y lloro
alguien me toma en sus brazos
y me dice quieta quieta estoy aquí
dejo de llorar
escucho el viento que sopla cerca del mar solamente cerca del mar
acepto que existan cucarachas voladoras
descubro que todas mis amigas tratadas por psicoanalistas se han vuelto
[totalmente tristes totalmente bobas
me leen el oráculo chino y me predicen larga vida
vida de mierda digo
subo al carro
bajo del carro
comprendo de un solo viaje cuánto petróleo hay en un barril
me dicen apaga la luz
la apago
me preguntan ¿ya?
Me hago la loca
me acojo a la pacificación
me joden

duermo apoyada en la barra
oigo la voz del español de siempre que se caga en diez
alguien llora otra vez a mi lado
me pegan
me pegan duro
hay luna llena
corro por la carretera que bordea la montaña,
saco la cuenta,
no me sale,
me duele el pecho,
se hace de día,
el rojo gana
rien ne va plus.

XIII

A Germán

Si yo hubiera tenido un padre borracho y alegre,
un padre de esos que cruzan el páramo a caballo,
dejando que el frío cale hondo,
el desconsuelo sería más pequeño.
Si yo hubiera tenido un padre burlón
de esos que llegan de madrugada
buscando el fogón prendido
y el café
y la cobija caliente,
sabría cantar, beber, enamorar,
como lo hacen todos los padres de pueblos.

XIV

Escucha cómo paso de largo.

Propicio es el tiempo

para el brazo

que reposa sobre tu flanco.

Para un primer canto de alondras,

para una mansa vereda

y un olor de piernas en reposo.

Escucha cómo paso de largo

y todo se hace tan frágil,

tan triste.

XV

Me dejo cerrar por ti

cuando se intenta

estar afuera

o al contrario,

llegar.

Y en la temblorosa apariencia del hombre rendido,

en el volverse tranquilo

entre sueños, descubro enigmas que terminarán en un instante

cuando todo esto

no sea más que un hábito.

XVI

En la frente que me mira desde la hierba
se reúnen,
de golpe,
los quebradizos ecos del bosque.
Hace frío en estos paisajes
en estas noches
y el mismo dolor sobrevive a tus espaldas,
esplendorosa salamandra
que ciega mis pasos
recogiendo palabras inauditas,
impunes a toda evocación.
Que no duela, que no duela,
ah esos tontos gritos de niños
cuando algo va a quemar a cortar a romper:
la pesadilla parpadea aún la tengo en el puño
y se deshace cuando quiero
en el agua pulposa de los precipicios
porque,
te lo dije,

va y viene el fulgor
el insufrible mal
de todo tenaz afecto.

XVII

Está un poco lejos

Solamente

y el respirar se hace

un

movimiento

mientras el cuerpo gira sobre la tierra

hasta tocarte, apenas visible

en el resplandor de los grillos.

No hay cielo

ni lluvia

por los alrededores

solamente

un calor

que se hace

grave

y duro

en mí.

XVIII

Amigos

indolentes y serios
espantando para mí
la primera luz
el primer estruendo
 tierno vituperio
 tierna desidia
un borracho que canta
es más que suficiente
para la inocencia.

XIX

A Mary

El cuello

hermoso y largo

doblado hacia las piernas

piensa

las palabras los balbuceos el niño el mercado la oficina

el atardecer los manotazos la cama el café el servicio

el arroz la literatura el mercado el automóvil el ginecólogo

las pinzas el éter los parientes el dinero los recibos

el periódico la muerte la revolución el campo la cia

los candidatos los ratones el i ching las pantuflas el

rubor la crema de día la crema de noche el lavado el trago

la espiral la muerte el mercado la vecina los golpes

el teléfono las facturas la casa

y grita.

XX

La tristeza

amanece
 en la puerta de la calle.
 No en vano
 he sido tan cruel,
 no en vano
 deseo
 cada tarde,
 que la muerte sea simple y limpia
 como un trago de anís caliente
 o una palmada cuyo eco se pierde en el monte.

XXI

Toda la vida no vas a tener ganas de saltar cuando veas el mar o cuando haya luna llena, toda la vida no se tiene ganas de hacer lo mismo, ¿entiendes?, sí, eso eso, respira hondo y cálmate y pide un trago y mira hacia otro lado, hacia donde quieras, pero que no sea espejo, porque vas a empezar otra vez, que si la memoria y la guerra y los fantasmas de mierda y el tiempo que no pasa rápido, ¿no te fastidias? Siempre lo mismo, el perro que ladra y la luz que agoniza, eres la única que lo ve así, a ver, pide un trago y óyeme lo que te voy a decir, por la mañana los ojos se llenan de lágrimas porque no hay locos en la casa y tarda mucho en hacerse de noche y las multitudes y esa luz de la tarde que revienta tiempo, cautela, no lo digas otra vez, todo eso me da en la madre, sí ya sé lo de la fatiga, lo del desafecto y el estupor, y no me importa el marido frustrado de Creeley, empezando que no sé quién es el bolsa ése, confórmate, ¿ves? Todos los días la gente regresa a su casa, ¿no? Y no vas a componer las cosas arrechándote por

una cama o una cortina floreada o una mesa cuadrada, métete un viaje de toña la negra o de leo marini o de la bola de nieve y cálate tus cuentos y los míos, y hablando de infortunios, no me metas, ¿ok?

de
Pocas virtudes
(1986)

Para Salvador y La Negra

Prólogo

Sucede que Miyó Vestrini me ofrece, así de letras, y después de tantos años de no encontrarnos nunca, lo que yo, sin posible decirlo, deseaba: que alguna vez dijera en letra cristalina lo que venía diciendo en letra oculta.

Miyó. Miyó, es de cada uno de nosotros el cielo que malbaratamos y que ella guarda y teje con dolor de ausencia; y es más mujer y más hombre que nosotros, cobardes, lagartos, violadores. Antes de presentarla, quiero decir cómo la encontré: casi desnuda y casi ahogada entre las aguas del río Motatán; venía como Moisés, en el cesto de una ranchera de Panchita Duarte, flotaba sobre la flor del agua como Ofelia y la dejé pasar porque era blanco el traje de su ausencia y era la lucha en el río y era yo temblando de miedo entre las aguas. Leyendo las *Pocas virtudes* de Miyó, recuerdo la frase de Ezra Pound: “La poesía es un centauro”, o como dice la Vestrini, así de simple, cuando habla de los ríos vulnerables y de la penumbra de las horas imprecisas y de la espada de fuego del arcángel, mundo insólito de la pasión y la invención, para oponer escudos al cielo lambucio que nos rutiniza: “...estas cosas (léase poesía) tienen esa apasionada sencillez que está más allá de las precisiones del intelecto”. Y logra Miyó, en fuente y vida propia, lo que Shakespeare quiso ver en la violación de Lucrecia:

...Consigno mismo sostiene un debate acerca de si es mejor vivir o morir, cuando la vida es vergonzosa y la muerte es deudora del oprobio...

Escuchemos entonces a Miyó en tiempo de putos, perros y nervios. Antes ha dicho:

Si hubiera sabido todo esto
no me agarran viva

Y sin embargo, desacata a la muerte:

Me oigo crujir
debater
sonreír
partir
gemir

Y nunca dejo rastros
que no sean estos pasos de la infamia

Es cuando se hace corto y gris el tiempo que aún espera:

Muy poco
y muy gris
el tiempo que te queda
en esta madrugada de perros realengos
y borrachos asustados.

Miyó Vestri­ni —¿re­cuer­das lec­tor *El in­vie­rno pró­xi­mo?*— vie­ne co­mo la Dickinson de un atroz re­gis­tro de su­ti­les cam­bios en la me­di­da en que va ha­llan­do lo que pu­dié­ra­mos, ar­bi­tra­ria­men­te, lla­mar una con­ciencia de su co­ra­zón, a tra­vés del arre­cho ca­mi­no de la vi­da. Su­ce­de que el re­cuer­do fu­tu­ro del in­vie­rno, can­ta di­si­mu­lada una es­pe­ran­za:

...esperaré
la caja de vidrio con el ruiseñor adentro
el llanto que estalla bajo las matas de sábila
una velada

cualquier cosa que nos reúna
alegremente.

Como decir que es, todavía, tiempo de inocencia, de tiernos vituperios y de borrachos que cantan al amanecer.

Ya no. La vida no es una línea recta hacia la muerte, sino un río fangoso y meándrico, sin lecho fijo, inventando un delta entre los escozores de la tierra. No hay paz, ni vida geórgica: la herencia es de metal hirviendo en los paredones de la primavera. La piel del hijo.

...caerá pedazo a pedazo frente al horror
y escuchará con pena el pájaro que canta.

Y es aquí donde asoma la trampa de la crítica: inventa una teoría fácil y patética sobre la piel de una poesía en cuyo laberinto aún no se ha perdido y la entrega a los lectores bisonños. Esos lectores que leen primero el prólogo en vez de cruzarlo en vuelo hacia las veredas del bosque sin salida. Dice Bob Dylan:

Vamos escritores y críticos
profetas que pedantizáis con vuestra pluma
abrid los ojos bien abiertos
porque sucederá sólo una vez
y quien pierde ahora
mañana ganará.

Ciertamente no sabemos cuántos sobrevivirán a la masacre y no habrá mellizos entre ellos, sino aquel por quien se espera todavía, borracho de percal y boca lívida, rescatada por esplendores fervientes y por la renovación virginal de la curvatura dulce en el cuerpo que despierta, amiga mía. Porque a Miyó —Góngora dice—, amor la implica si el temor la anida.

Ahora va mi rojo testimonio: yo conocí a Miyó subiendo una escalera, así que la fui recibiendo de pie a cabeza, como los valerosos políticos que apelan a las bases. Miyó sonreía desde las escalinatas como el ojo de Dios que me juzgaba: fui suyo, no fue mía, pero juntos hicimos un recodo en el asombro de *saudades*, grimas, quinzas, devaneos, audacias y pavuras.

Puedo escribir y dibujar sus palabras desatadas porque es mía la bienaventuranza de los pobres de espíritu: dice el poeta del “Sermón de la montaña” que nuestras serán las voces de quienes claman en el desierto y parlamentan con los dioses destronados. Digamos con Vallejo:

Esta tarde llueve como nunca; y no
tengo ganas de vivir, corazón.

Pero yo quiero que tengamos muchas ganas de vivir con Miyó y ella con uno —cartas, papeles, presagios— y yo camino sin prisa, mi bufanda al aire y el ritmo dulce y lento de la tumbadora y el océano de fuego del ron de mis galaxias, cuando yo:

descarga
descarga
descarga

y le entrego la mariposa de mi sangre entre sus dedos, levanto el vuelo y me pierdo en el resplandor de la mañana.

Miyó Vestrini es poeta de texto breve paradójicamente su mundo ancestral viene de Italia y Francia, donde los estamentos del verso andan preceptivamente entre mayores y menores. Hay un sentido acumulativo de los poemas de Miyó: cada poema se presenta desnudo y sin contexto, desorientando a quienes leen poesía como buscando novela. Pero juntos, en la experiencia de una segunda y tercera lectura, uno encuentra que la brevedad es algo así como el fruto de lo definitivo y que el enlace del collar de estos poemas, lo que pudiéramos llamar la secuencia del clima de la voz, va estructurando un mundo que no termina con el libro: el libro es el lenguaje de un trecho del camino. Como diría Paz Castillo, es una persistencia del viajero. O como dice San Agustín, en caravana: el manjar de los que sueñan es muy semejante al manjar de los desiertos. Digamos que la palabra es el espejismo del silencio y que los silencios de Miyó son los días dedicados a la espera encuevada en su terca soledad, mientras la gente muere y uno bebe un trago.

Sucede que mi amiga es la poesía y como la mujer harapienta de Ibsen, estrujando al hijo, puede decirle al mundo: “¿Qué culpa tengo yo ¡por todos los demonios! de haber llegado a ser quien soy?”.

La palabra del látigo de fuego de la arcángélica Vestrini vaya adelante:

...somos exactamente como nos inventaron:

dolidos

fastuosos

desanimados

cómicos

furtivos

borrosos

desmadrados

Señora de la cicatriz, regina *peccatorum*, *maten aniabilis*, tierra de los huesos calcinados, recíbeme en la entraña de la mano que escribió sobre mi frente estas palabras:

...soy frágil

para los amados

pero solo había frío

en el callejón de los cuchillos...

ORLANDO ARAUJO

En el patio de Anaïs Nin

En el patio de Anaïs Nin

dilapido mi muerte

perdida pero obstinada, lleno el vaso de agua para el sudor de la madrugada y estiro la colcha viendo la arañita quieta en el techo, siempre con el frío de la noche anterior, siempre el mismo,

y de ese patio, recuerdo sobre todo el olor,
aquel encuentro que nadie tomó en cuenta,
porque el día era muy gris
y temíamos
la gente amaneciera triste.

Había lo imprevisible en ese patio.
La estatua del niño de mirada inconvencional,
toquecitos de cielo, lluvia y palomas.
Un viajero que mentía para no llegar a su destino.
Un extraño transeúnte de abril.
Un asesino desencantado por la brisa.

que decía no tengas miedo, son ruidos de madera de algún vecino melancólico, de algún aparecido. Y seguía rondando, miraba y medía la niebla, casi pasaba a otro tiempo, tiempo para que no empezara nada de nuevo

En el patio de Anaïs Nin
despiertan a veces los días malos

despiertan el agua y las campanas y las palabras rigurosas y el furor ciego de los solitarios y el golpe sobre los ojos y los que te ven, como si nada pasara. Todo un enojo de graznidos, bullas, desazones, confusiones, monotonías, hasta la quietud de la muerte, cuando será inútil ya agitarse.

En el patio de Anaïs Nin
los tragos son dulces y demoníacos

dan vueltas y más vueltas,
aplauden a mi amado

el más amado de los lunáticos.

En el patio de Anaïs Nin
no se aceptan extraños

y menos aquellos que vengan de coléricas comarcas.

En el alto techo, habrá tiempo para tu cuerpo y el mío

nada diré de tu bienaventuranza, de tus mañanas de jazmín, de tus insoportables desastres. Correrás bajo el paso rápido de las nubes y darás el santo y seña junto a la fuente.

En el patio de Anaïs Nin,
cuando duermes y me amas,
es ahora el día de todas las furias juntas.

De letanías y pocas virtudes

Son tantos

quienes han de saltar a la batalla
y herirme

 a muerte
muerte de grandes ciudades
y pocas virtudes
con sus siete cuadrantes a la deriva
su paz funesta del reciente octubre
su carne elástica dulce

 y colérica
colérica la arena volando en Ostia
empañando globos de cristal en las vidrieras
un ojo ya sin vida
el otro abierto

 en la avenida
avenida por donde viene

 el agua
agua de todos los días
acercada a

mi boca
 boca triste de grandes palabras
 lenguas duras como madera recién cortada
 se ocupan
 de mi
 mi delito
 delito de largas y profundas noches
 cuando la lluvia tarda en caer
 y todo me hace pensar
 en mi padre
 en mi madre
 en la tierra
 mal cerrada
 cerrada por cuatro malhechores
 no identificados
 identificados tu nombre el mío
 los otros
 la gente
 gente amada
 ausente
 presente
 ida
 ida
 como mi tía
 la de la roja cabellera en Burdeos
 en la casa
 casa de pisar duro
 donde se trata de no llorar a despropósito
 mientras un poco más arriba
 campiñas y pequeños monstruos

festejan a diario
un saludo
un escrito
 un vilipendio
vilipendio:
quien lo haya escrito por primera vez
lance la primera
 piedra
piedra de mi única morada
cuando brazos tenaces me enseñaron el desafecto
la casa de empeño
la incertidumbre
 el regreso
regreso del último acto
acto de ser tan triste y tan muerta
como soledades de otros
 países
países a los que no me dejaron
 ir
ir con el asombro
para una o dos
 palabras
palabras
espera
te las voy a enseñar
boleros o saudades o melancolías descaradas
 o audacia
audacia es
de bares
de lugares amados

Sólo tú dirás, amigo mío

He dicho de la infelicidad

mañanas apresuradas
sol amargo
meridianos

He dicho de las indecisiones

borracheras de percal
lívidas bocas

palmas arriba

He dicho de los insultos

manos sobre la mesa
salida de adolescente

barriga de miel

He dicho de los insolentes

risotadas
desperdicios

rencores

Pero de las colinas

dirán los otros
los olvidados del azar

De los esplendores
de los fervientes y puros deseos
del estallido secreto en nuestras bocas
de la curvatura dulce en el cuerpo que despierta
solo tú dirás
amigo mío.

¿Qué decirte hoy?

Qué decirte hoy

si la madrugada fue tan difícil
madrugada de estigmas y estertores
sin espacio
para ti
para mí.

Al fin nos han encontrado amado

y somos exactamente como nos inventaron:
dolidos
fastuosos
desanimados
cómicos
furtivos
borrosos
desmadrados.

Los paredones de primavera

No enseñaré a mi hijo a trabajar la tierra

ni a oler la espiga

ni a cantar himnos.

Sabrá que no hay arroyos cristalinos

ni agua clara que beber.

Su mundo será de aguaceros infernales

y planicies oscuras.

De gritos y gemidos

de sequedad en los ojos y la garganta

de martirizados cuerpos que ya no podrán verlo ni oírlo.

Sabrá que no es bueno oír las voces de quienes exaltan el color del cielo.

Lo llevaré a Hiroshima. A Seveso. A Dachau.

Su piel caerá pedazo a pedazo frente al horror

y escuchará con pena el pájaro que canta,

la risa de los soldados

los escuadrones de la muerte

los paredones en primavera.

Tendrá la memoria que no tuvimos
y creará en la violencia
de los que no creen en nada.

Los poderosos

Nada sentimentales

los poderosos

Nada amables

los poderosos

Nada sinceros

los poderosos

Nada sensibles

los poderosos

Eso sí

rancios

ejecutantes

vivisectores

graciosos

ostrones

los poderosos.

Extraño adivinador de palabras

A Alfonso

Mi bebé

niño grande

extraño adivinador de palabras

vas a crecer

con ojos de pomarrosa abiertos a la lluvia

a la escarcha

y serás como de pájaros y faroles.

Nunca faltará algún idiota

que te hable mal de los profetas.

Cuando eso ocurra,

márchate al pueblo donde nació tu padre

y búscate una casa

donde canten las chicharras.

En marzo no se nace dos veces

En marzo

no se nace dos veces.

Me lo aseguran

embistiéndome

a pesar mío

gimiéndome

a pesar mío

lamiéndome

a pesar mío

estropeándome

a pesar mío

matándome

sin remordimiento alguno.

Nadie parece estar ya triste

Nadie parece estar ya triste.

El rumor lento y grave del agua,
trata de abrirse paso
y llegar hasta aquí.

Impunemente,

se enumeran bienes y quejas y languideces.

Algo habrá de ocurrir

si persiste este canto asonantado.

Hora de putos y perros necios

A esta hora
no se sabe qué hacer

y es siempre a esta hora de putos y perros necios, cuando recuerdo.
Todos los días, perdido este tiempo, tú sabes, el rostro entre las manos, las
piernas recogidas, la viva imagen del dolor en la pesadez de la tarde. Inmóvil
en los escombros, inmune a los desastres, no puede ser ya de otra manera.

Y es la misma hora
la de hoy
la que vendrá todos los días
la que me jode.

Cuando levanto la cabeza de madrugada

Cuando levanto la cabeza

de madrugada

es un corazón palpable

estruendoso

asfixiante

ocupando él solo toda la habitación,

trepando hacia la ventana

como para escapar y cambiar de sitio,

instalándose en el jardín del vecino.

Rumor de largas horas

cortadas a golpes

cuando creo en la resurrección de los muertos

en los verdugos desahuciados

en hilos, papeles y latas

en niños que juegan sin gritos

en zuecos de madera que suenan y suenan

en las malas imágenes como para irse a otro sitio

en una flaca espantando ratas
en los tulipanes que nunca terminan de florecer.

Te oigo debajo de mí
 respiras y sueñas
y regresa el corazón palpable
decidido a latir
 latir
 latir
y matar.

Desacato a la muerte

Desacato a la muerte

eso intento

El testigo ha dado la espalda,
la casa ha sido derrumbada.

Cuánto silencio para un dolor tan pequeño

¿joder has dicho? Siempre tus palabrotas tus disparates. Estás
jugando a la intemperancia y si de cansancio se trata nadie podrá ya aliviarte
de la sombra y la pausa. ¿Joder has dicho?

La jauría no viene:

siempre ha estado allí.

El susurro de la advertencia

atenaza mi garganta.

Cuando despierto

al otro día

carcomida por la noche

oigo sirenas petardos olores
y nada que apacigüe mi temblor

hola cómo te va qué has hecho qué hay de nuevo qué vas a
hacer bien nada no sé cuándo nos veremos llámame pasa por aquí no dejes de
hacerlo si vieras lo triste que está pero no importa mañana será distinto bueno
lo de anoche no hables de eso recuerda lo que dice salvador no me atormentes
tómame un trago ya se te pasará y qué le voy a decir otra vez a pedir perdón es
que siempre va a ser así tienes que entenderlo no le pares nos vemos a la una
chao te espero.

Me oigo crujir
 debatir
 sonreír
 partir
 gemir
y nunca dejo rastros
 que no sean estos pasos de la infamia.

Ciertas jornadas se hacen largas

Ciertas jornadas se hacen largas.

Nadie pregunta cómo las paso.

El rostro de los agresores

se mezcla

con el de los agredidos.

No se sabe

cuántos sobreviven

a la masacre.

Muy poco y muy gris el tiempo que te queda

Soy frágil
para los amados.

Algún asesino más poderoso
más fuerte
me interceptó cuando cruzaba
el callejón de los cuchillos
y me atajó.

Silencio mujer
dijo
de nada valdrá tu queja
en este momento
ni en los otros.

Muy poco
y muy gris
el tiempo que te queda

en esta madrugada de perros realengos
y borrachos asustados.

Déjame un instante
dije,
medir la luz que todos los días
me recibe y me abandona.

Déjame llorar un rato a solas.
Pero solo había frío
en el callejón de los cuchillos.

No hay razón para envejecer juntos Sortilegio

A William Irish

No hay razón para envejecer juntos.

Ya no hay sitios para el desasosiego
para el temor.

Mientras pasan por ti,
todos los caminos del verano
desasidas tus manos y las mías
hay en el pórtico de la casa
pájaros atentos al momento de tu estupor
a lo perturbado de tu alegría.
Es la carretera empinada
la que nos lleva a Caulfield.

¿Me crees, amada?

No te detengas:

las canciones son malditas
algún sortilegio quebrará tu traje blanco.

Ya no estaremos juntos
y quiero morir antes de tiempo
tiempo de Caulfield.

Seré lo que tú quieras
penitente y amado
pero cerraré los ojos
para no envejecer juntos.

Así de simple

Caminar por la 42 de Nueva York

o soplar me los dedos sobre la candela de las castañas
en la esquina de la Via della Croce
o resplandecer en el fragor de los aeropuertos,
¿cuál sería la diferencia?

Vivo bajo el más común de todos los cielos
cielo lambucio

plantado sobre mi cabeza
sin otro movimiento que el de la noche y el día.

Cada día,
me digo:

hay que conformarse con los sitios

regresar a ellos

porque allí, alguna vez,

se habrá de morir.

Pero persisten las estaciones y las hierbas,
los ríos vulnerables,

las tempestades al paso de los trenes,
la penumbra de las horas imprecisas,
la bola de fuego que cruza el filo de la ventana,
el ángel exterminador bailando sobre el techo.

Salga de mi vida,
 dicen,
como si la vida fuera tan simple.

Así de simple.

El espejo se vuelve suave bajo mis dedos
 comienza a llenar la casa.

Crece de pared a pared
en el vértigo de mi cuerpo
 vértigo de campiñas y luces imprecisas.

Vuelve el asombro.
Ahora lo sé:
solo las mujeres de ojos hermosos
no envejecen.

Solo los hombres de sueños inquietos
cantan cuando se levantan.

Si hubiera sabido todo esto
 no me agarran viva.

Llego tarde porque me siento sola Deshabitada

Llego tarde

porque me siento sola
y no siempre es necesaria la advertencia
esa que se acostumbra
cuando las cosas cambian.

Mi abuelo decidió suicidarse:
era alto, triste y bebía a escondidas.

Mi abuela decía que beber era cosa del demonio
y lo perseguía por toda la casa
con una escoba
hasta que aburrido
se lanzó al Rin.

Me dejó una carta
para decirme que volvería a la vida
cuando en lo más verde de la colina
mi voz llegara a ser más fuerte que el rumor del mar.

La espesura rutilante de este gozo

Unas veces,
es la mujer flácida y dormida
la que espera.

Ajena a los tumultos,
duerme de costado contra la pared.
Sueña que no habrá otra noche igual:
nadie llegará de madrugada soplando alcohol
leche
sudor.

Sueña solo lo soportable.
Otras veces
es el hombre quien espera.
Espera mujeres quebradas a palos
fortunas azarosas mientras lo abrazan fuerte.

Siempre alguien espera.
 Pero dócil y singular,
 unido a lo que comienza y muere al mismo tiempo,
 conoce de antemano la espesura rutilante de este gozo.

Miedo de morirte

Miedo de morirte

y mira hacia allá
como pasa la caída de la luna
como son frescos tus labios sobre la mano echada en un domingo loco.

Miedo de morirte

y escucha
escucha como se escurre el agua a lo largo de la casa.

Miedo de morirte

cuando tu rostro resplandece bajo la promesa de Abraham.

Adivino tu caída lenta
y majestuosa
hacia la fría losa del piso.

Pero no temas:
he aprendido a sentirte,
a olerte

porque de los temores de los vivos
yo me ocupo.

Cualquier mes del año

Viajas el viernes,

como si eso fuera cualquier día de la semana
cualquier mes del año
al que nadie le prestara atención.
Hay algo de muerte en ese viaje que te lleva
hechicero perseguido
y te regresa
regalando quincallas y piedras
a quienes se detienen para amarte.

Murió Rudy,

Rudy el rojo,

y lo escuchas al amanecer

no soportando su cabeza roja su recuerdo de animal herido y nunca muerto.

Pero igual viajas el viernes,

porque los viajes ya no son extraños cuando se piensa en los muertos

con la incontenible furia de una vez
anónima
y atroz.

La bondad del día

Se hace de noche

y penetras

profundo

dulce

pensando en la bondad del día.

Siento

y no quiero olvidarlo

la noche espléndida tras la persiana

la memoria de lo apenas ocurrido

cuando

se hace de noche

y penetras

manso

claro.

He preparado tu muerte a plena luz del sol

He preparado tu muerte

a plena luz del sol.

Oirás los demonios

en la penumbra del pecho materno:

yertos

quemantes

esperan por ti.

Hasta la más simple palabra

ruego mato grito muero

será descomunal.

Sumadas las explicaciones de rigor

¿quién atenderá las advertencias,

la voz de alto,

la verdadera ira de los suicidas?

Lagartos

Hay hombres

que abren las sábanas

y entran.

Sin dulce tumulto

sin calor ni melancolía

sin conjuro.

Son lagartos.

Desterrados.

Miserables.

No vuelva más por aquí

Al infierno todo esto
y duró años sin irse al infierno.
Por eso he venido a verla.

Si usted estuviera tan deprimida,
¿pensaría en todo esto? ¿Habría
venido a verme?

Solo le falta decir:
dígalo, no lo escriba.

Vamos a ver. Explíqueme lo que
siente. Sé que está sola y no
sabe qué hacer. Haga un esfuerzo.

La habitación me gusta.
El sol alterna con la
penumbra. Trato de no
carraspear. Mantenerme

inmóvil. Pienso en un
camero con grandes
cuernos, caminando
sobre la alfombra persa.

Usted está cargada de cosas, ¿entiende?
Cosas rudas. Unas detrás de otras.
Su madre, por ejemplo.
Y su padre. ¿Qué ha pasado?

Me gustaría visitar la casa.
Es una casa de madama fina y
escrupulosa. Siento que me
achanto sobre la silla. Es el
momento de llevarle flores a
alguien. De emborracharse. De
llevarse por delante media vida.
Estoy asustada.

Tiene que volver atrás. Vivir lo
que no vivió realmente. Es un
viaje largo. Muy largo. Aproveche
ahora cuando está al borde del
barranco. Escriba, pero unas
líneas solamente. Piense.

Sí. Eso es. Haré el amor, pero
unos minutos solamente. Lloraré,
un poquito nada más. Gritaré, pero
lo justo. Ningún sonido discordante.

Está contra reloj, la pobre. Trataré
de no olvidar su rostro
para reconocerla cuando
aparezca en sociales.

Cuénteme algo importante. Una
situación importante, como la que
vive ahora. Desea estar sola,
encerrarse, ¿verdad? ¿O quizá desea
morirse? ¿Ha tenido ideas raras?

¿Quién me pondrá las manos
encima cuando esté muerta?
Los muertos de Elías huelen
a perros. No lo quiero. Se
muere la gente y uno se bebe
un trago. Todos estos muertos
y uno aquí, con ideas raras.

Vamos a ver. Usted es una niña.
Tiene diez años. No le teme a
nada, ni siquiera a los murciélagos.
Su madre la toma del brazo.
La lleva a pasear por el pueblo.
Le habla de demonios y aparecidos.
Usted se resiste a ese brazo que
la envuelve toda. ¿Fue entonces
cuando sintió miedo?

Pueblos y demonios. ¿Qué sabe
 ella de todo eso? Viene a preguntarle
 por el infierno de los desaparecidos.
 Y me devuelve a la ciudad, a la luz
 que me llevará a la penumbra.
 Antes de cerrar la puerta, me dice:

¡no vuelva más por aquí!

Alguien vendrá

No quiero confundir su terror con el mío

Siete por siete

y siete más: años de temblor y pasos furtivos.

Alguien vendrá

para detener los lamentos del escogido.

Pero el tiempo dedicado a la espera

se me va entre los dedos.

Ya no es necesario inventar nada

salvo esta terca soledad.

Sobre tus ojos abiertos

A Pierre Goldman

Sobre tus ojos abiertos
no entra aún la sombra
ni el grito
ni el rumor del trueno

No hubo tiempo ni memoria
solo un aleteo
un murmullo

un lejano rumor de viento sobre el mar

No se ocupen de mí, decías, hay un conjuro
cantado por la nana: nunca ocurrirá lo que no
ha de ocurrir. Cartas, papeles, presagios.
Hablaban de regiones secretas propicias al
dolor, certeras para la muerte fuera del
sueño. Silencio, solo silencio, exigías
cuando comenzaba la noche y bajabas la cabeza
al escuchar los pasos de la amada.

Me echo a llorar en la plaza abierta
donde caminas sin prisa

ritmo dulce y lento de la tumbadora
trago de ron que da calor por última vez

descarga

descarga

descarga

Miras el cielo duro como piedra
casi caído sobre tu pecho

Lenta y desgarrada
sonora como la primera lluvia de septiembre
se escurre tu sangre en la palma de mi mano
la veo pasar

pasar

correr un poco más

levantar el vuelo

Hasta perderse en el primer resplandor de la mañana

Valiente ciudadano

Valiente ciudadano

A María Inmaculada Barrios

Morid con el pensamiento

cada mañana y ya no
temeréis morir.

Tratado Hagakuse

Dame, señor,
una muerte que enfurezca.
Una muerte tan ofensiva
como a los que ofendí.
Una muerte que soporte la lluvia
de Santiago de Compostela,
y de paso,
mate a los que me ofendieron.

Dame, señor,
esa muerte de la intemperie
que sorprende y tranquiliza.
Haz que esté largando mocos y lágrimas,
suplicando piedad
y deseando muerte ajena.

Haz, señor,
que aquel hombre con piel inédita
reconozca en mí al animal de los olivares.
Que su cuerpo pese sobre el mío

y haga dulce
la entrada al fuego.

Te prometo haberlo visto todo.
La misma culpa con la que nací,
el mismo furor.
Haz, señor,
que esté escuchando a Vinicio de Moraes
y a María Bethania
y prometiendo que mañana,
lunes,
me inscribiré en un curso para aprender brasileño.

Que venga la muerte
cuando descubras en mí
alguna oculta intención de poder
y cuando sepas,
por tus informantes,
de mis maniobras para pasar a la historia.
Cuando te digan señor,
que he agotado todos los recursos de la fatiga
sin pedir clemencia,
entonces, señor,
dame duro.

Haz que este golpe que tengo en la frente
 por abrir puertas a cabezazos
 se ponga
 rojo,
 latiente,
 doloroso.

Supongamos, señor,
 que eres el big-bang.
 Que ningún territorio escapa a tu vigilancia.
 Que los hot-dogs son tema de tu predilección.
 Que tu deseo de mí es parte obscena
 de tu personalidad.
 Entonces, señor,
 examina mi estómago abultado
 por los spaguetis de Portofino
 por las fabadas del Guernica
 por los pasteles de coliflor de mi madre
 por los largos tragos de cerveza y ron.

Espía, señor, los rostros de mi espejo en el espejo,
 yo, la pusilánime astuciosa
 la del dedo en el aire
 abanicando a la aburrida concurrencia.

Podrías venir al cine, señor.
 Veríamos *Brazil*,
La vaquilla,
Un día de campo,
El cartero y Gatsby.

Me escucharías
sacudida por la risa
y el temor.

Permíteme, señor,
contemplarme cómo soy:
 el rifle en la mano
 la granada en la boca
 destripando a la gente que amo.

Acuéstate conmigo en la madrugada, señor,
cuando mi respiración es un golpe de piedras
en la corriente del río.

Y verás como nada,
 ni siquiera la leche de tus cantares,
puede darme una muerte que me enfurezca.

Animal de ocasión

He tenido que compartir mi lugar.

Nadie me ha raptado
para llevarme al suyo.
No tengo África mía a mis espaldas,
ni olas,
ni ollas, ni una calle en el centro de Dublín.
Solo he estado allí,
con pocas palabras
y pobres gestos
y pobre cuerpo.
Aprendí al mismo tiempo La Marsellesa
y el Himno al árbol.
Tuve que leer a Rimbaud y a Andrés Bello.
Tomé scotch y beaujolais,
con tequeños y caracoles y borgoña.
Alguien descubrió el mundo por mí
y me dejó tirada a mitad de camino
entre el sol
y la niebla.

Mis hijos fueron blancos
y los hombres que amé,
negros.
Ahora descubro que mientras estaba interna
mi madre escribía cuentos eróticos
y mi hermana entraba en trance con un mecánico
La plaza del pueblo todavía espera por mí
y me contempla
asomada a la ventana
tratando de apurar la noche.
Mis dedos tienen el color del sebo
y soplo para aliviarlos.
Me leen a Víctor Hugo en voz alta
para que aprenda francés
y todavía no sé quién es Ismael Rivera
y Luis Alfonso Larrain.

Vete a la mierda,
me dijo mi madre
cuando le reclamé todo esto.
Se dio vuelta hacia la pared y murió.
Ocupé su sitio
detrás de la mesa
y dejé que peinaran mi cabello.

Té de manzanilla

Mi amigo,
 el chino,
 escribió una vez sobre cómo se sientan
 y caminan
 las mujeres después de hacer el amor.
 No llegamos a discutir el punto
 porque murió como un gafo,
 víctima de un ataque cardíaco curado con té de manzanilla.
 De haberlo hecho,
 le hubiera dicho que lo único bueno de hacer el amor
 son los hombres que eyaculan
 sin rencores
 sin temores.
 Y que después de hacerlo,
 nadie tiene ganas
 de sentarse
 o de caminar.
 Le puse su nombre a una vieja palmera africana
 sembrada junto a la piscina de mi apartamento.

Cada vez que me tomo un trago,
y lo saludo, echa una terrible sacudida de hojas,
señal de que está enfurecido.
Me dijo una vez:
la vida de uno es una inmensa alegría
o una inmensa arrechera.
Soy fiel a los sueños de mi infancia.
Creo en lo que hago,
en lo que hacen mis amigos,
y en lo que hace toda la gente que se parece a uno.

A veces nos quedamos solos
hasta muy tarde,
hablando de los gusanos que lo acosan
y del terrible calor que le entra todos los días
en esa arena y resequedad.
No ha cambiado de parecer:
un hambriento, un desposeído,
puede sentarse y hacer amistad con Mallarmé.
Lautréamont nos acompañó una noche
y le dio la razón al chino:
la poesía debe ser hecha por todos.
Y llegaron los otros:
Rubén Darío mandando en Nicaragua,
Omar Khayyam con sus festejos,
Paul Éluard uniendo parejas de amantes.
Entre todos,
sumergimos al chino en la piscina, bajo la luna llena,
y se puso contento
como cuando tenía un río,

unos pájaros,
un volantín.

Ahora está arrecho otra vez,
porque le llevan flores
mientras trata de espantar a las cucarachas.
Quería que lo enterraran en Helsinki,
bajo nieves eternas.
Le dio la vuelta al mundo,
pasando por Londres donde una mujer lo esperaba,
y a su regreso,
tomó té de manzanilla.
Él,
que amaba tanto las sombras,
ya no pudo trasnocharse.
Lúcido y muy hipócrita,
tenía un miedo terrible a morir en una cama.
Sé,
porque me lo escribió en un papelito,
que la frase que más le gustaba era de David Cooper:
la cama es el laboratorio del sueño y del amor.

Vidrios rotos

Aún tengo el rumor en mis oídos

de los pies desnudos
sobre vidrios rotos.

Y de una adolescente que golpea la suela de sus zapatos
contra la espalda del amigo moribundo.

La opinión general
era que debíamos entristecernos.

Pero sólo la gracia de la irreverencia
nos había tocado,
por arte de magia.

Seguíamos con la cabeza en el mismo lugar
en la perspectiva de un viejo grabado de Da Vinci.

Ellos eran buenos,
nosotros,
mejores.

Sobre el muro,
un letrero para la recompensa:
si ves a un negro durmiendo, no lo despiertes;
está soñando que es blanco.

La muchacha aplicada,
 escribió debajo:
 si ves a un blanco durmiendo, no lo despiertes;
 está soñando que un negro lo viola.

Mi hijo,
 mi pan,
 mi amor.
 Palabras simples de los que regresan a casa
 y se echan a dormir,
 para no tener que hablar.
 Fugazmente,
 miran por el balcón y se dejan gotear por la lluvia.
 Pero la lluvia no pone fin
 a ese eterno y aburrido cielo azul,
 donde dicen,
 alguien tiene el cabello sedoso
 y unas alas de plumas de garza.
 Quien lo carga encima,
 cada mañana,
 sabe de las comicidades del buen ladrón
 que justifica el patrimonio celeste.
 Sabe de cucas deterioradas y huevos sidosos,
 castigados,
 porque este no es tiempo de fervor.
 Sabe de un hueco en las alturas,
 de océanos pestilentes,
 de tierras quemadas en ciclos de colosos.
 Fue la venganza de la venganza
 aquel rumor de astillas en la noche.

Yo provoqué los sucesos cuando dije:
si puedes entender el dolor de un obrero,
¿por qué no entiendes el mío?

Un día de la semana-I

Cuando naciste,
en 1938,
César vallejo moría.
Cuando tu cabecita,
tu ombligo,
tu cuquita virgen,
asomaban al mundo
entre las hermosas piernas de tu madre,
metían al poeta en un hueco.
Lo cubrían de tierra
y a ti,
te cubría la memoria.
No podías elegir.
Porque si eliges
vives.
Y si vives
gozas.
Pero el goce es el horror del sueño:
dormir va a ser para siempre.

Habrá un olor a pimientos fritos,
voces estruendosas en la barra.
Será un día de la semana,
cuando los muebles cambian de sitio durante la noche
y por las mañanas,
las mujeres hablan solas.
Tu nariz estará sellada y la ceja derecha
más caída que la izquierda.
Las caderas niveladas,
el cabello mal cortado y el cuerpo perdido
en alguna batola que disimule la grasa en tu cintura.
Si tuviste abuelos lunáticos y tristes,
constará en el reporte
de un funcionario responsable.
Te cruzarán los brazos sobre el pecho
y es fatal,
porque ya no podrás
usar el afrín
para respirar mejor.
Falso que tus abrazos fueran convulsivos
tus furores impredecibles.
Falso el vidrio que aún empañas con tus eructos.
Falsos tus pezones, tus pecas rojizas.
La noche anterior estabas decidida:
si no puedo dormir,
escogeré la muerte.
Pero no esperabas que el pernil de cordero se derritiera,
suave,
lechoso,
sobre tu lengua.

Solo dijiste:
 dos partos,
 diez abortos,
 ningún orgasmo.
 Y tomaste un largo trago de vino.
 Vallejo también buscó un pernil de cordero
 en el menú de La Coupole.
 Todos miraban sus ojos cazurros,
 mientras él solo pensaba en los callados oídos de Beethoven.
 Le había preguntado a su compañera:
 ¿Por qué ya no me quieres?
 ¿Qué hice?
 ¿En qué fallé?
 El chorizo del cassoulet dejó manchas de grasa en su camisa.
 Como tú,
 sintió una compasión fatigada de su cuerpo.
 Y trató de adivinar quién nacería esa noche,
 mientras él tratara de conciliar el sueño.
 Morir
 requiere tiempo y paciencia.

Diagnóstico

A ver,

abre la boca.

Di aaaaaah.

Muéstrame eso que hizo tu madre cuando eras niña.

¿Ese era todo el misterio?

¿Sexo oral?

¿Manipulaciones?

¿Tacto?

¿Manipulaciones?

Veamos tu útero,

amplio y desfasado.

¿Cuántos niños pasaron por allí?

Los expertos te dijeron

que la naturaleza esperaba por ellos.

Pero murieron igual.

Y si sobrevivieron,

unos son tarados

otros más o menos,

todos bien planificados con la excusa de la soledad.

Tienes problemas con tus dientes,
 con la lenta digestión de los indecisos,
 con el crujido del hueso occipital.
 Eres un paciente más.
 Todos quisieran haber nacido en Kansas City
 o en Ámsterdam
 o en Toronto.
 O por lo menos
 veinte años más tarde.
 Déjame agitarte en esta probeta de marfil,
 verificar bien el color de la mezcla.
 Asco, qué mal hueles.

Caricia

La mitad de lo que le ocurra a mi hijo,
será culpa mía.
Qué bien.
Lo dijo así,
recubierta de collares y lunares,
veinticuatro horas después de enviarte a París,
para que aprendieras un idioma
y supieras lo que es estar lejos de casa.
Llega hasta mí
tu rostro de adolescente despeñado,
levantado hacia un profesor ansioso de enderezar
a este pequeño viejo rico.
Hay que ser fuerte,
te dicen:
solo si lo eres tendrás derecho a cumplir
dieciocho años
y oler la cocaína que quieras.

Y vomitarte sobre la vajilla de tu madre
 en la cena ofrecida
 para celebrar tu regreso.
 Por ahora,
 te sacude el frío en el dormitorio de los grandes
 y aprietas la medalla que te regaló tu novia
 en el aeropuerto.
 No he terminado contigo, decía la tarjetica,
 prefiero que lo hagan otros.
 Y firmaba:
 mami que te quiere.
 Te sacaron de la galería de espejos
 para que no rompieras el diseño de la arquitectura holandesa.
 Aun antes de tu llegada
 ella sufría de *baby blues*
 porque,
 ¡ay!, gemía,
 no estoy preparada para ser madre.
 Ahora eras tú,
 quien no está preparado para ser hijo.
 Odias lo que está bien,
 odias lo que está mal.
 Estás perdido entre el Pere Lachaise
 y la rue Delambre.
 No hay suficientes recuerdos como tú quisieras.
 Ya juegas con la inmortalidad:
 pobre rata,
 qué poco vales en la apuesta,
 te gritan los transeúntes a la caída del sol.

Miras el papel higiénico
impregnado de tu caca de niño triste.
De niño malo
enviado a París con un recuadro en el cuello:
menor viajando solo.

El silencio

El muchacho del supermercado

me dio del tú.

Mira, te traje una botella más grande porque está en oferta.

¿Por qué tengo que ser yo la que corte calabacines

todas las noches

a esta hora?

Se lo conté a una amiga

y alzó los hombros:

cosas del destino.

Unas cortan calabacines,

otras hacen el amor.

El asunto es que el silencio te tome en cuenta.

Llegué hasta el kiosco.

Una negra de culo inmenso

me advirtió:

si no compra la revista,

no la puede leer.

Abrí el libro de Hölderlin
y odié a su carpintero
carcelero.

La llamada

Cuando le pregunté por qué no había llamado
 me explicó que estuvo enterrado vivo
 y que no le pusieron teléfono.
 En sus delgados labios de gallina,
 no hay,
 o no había,
 atrevimiento alguno.
 Todo era estrictamente legal.
 ¿Es que acaso no crees en Dios?
 Si no fuera fácil,
 no lo intentarías.
 Significado,
 significando,
 significativo,
 signo.
 Me acerqué al balcón
 y miré hacia el parque,
 irritante cofradía de niños chillones
 y pájaros tarados.

Escuché el control remoto cambiando canales,
sin sonido.

Sentí a mis espaldas,
su deseo de ponerse los pantalones
y largarse.

Me fui a la cocina a pelar patatas.

Un día de la semana-II

Apretar los párpados para no ver la luz del mediodía,
 nunca fue problema para Modigliani.
 La verdad siempre nos está esperando
 en el fondo de la botella,
 advirtió,
 mucho antes de alargarle el cuello a sus mujeres.
 Es degradante comer en la cama,
 pero lo hago,
 a riesgo de perder la compañía del flaco.
 La cama revuelta,
 el libro de Lévi-Strauss y Didier,
 la servilleta de papel masticable,
 ¿cuántos años rondando por aquí?
 De barriga para ver televisión,
 cara al techo para ser amada,
 codo replegado para el sueño.
 La vida no forma parte de las grandes leyes del universo:
 soy un azar solitario
 en este espacio de penumbra y rituales.

Escapo ahora a la perspectiva de los que abordan un autobús
o mean detrás de un árbol.

Chimpancé comiendo un sándwich de pavo y mostaza.

Estamos en abril y los ojos miopes parpadean

en sucesivos mensajes deliciosos:

posmo, bonche, pavas, gays, *borderline*.

Células vivas que me desnudan y cuentan mi memoria.

Toco mi cosita, pulcra de tanto jabón iodado,

lavada

y relavada concienzudamente.

Isla con olor a iodo.

Cosita propicia a la entrada de hongos, herpes, bacterias,

bichos, espumas, plásticos, cobres y cauchos.

Ven acá, mocosa.

El flaco me acaricia con mano paternal:

no reprendas a tu cosita,

ella es mucho más útil que el arte.

Ya arrancó el niño del violín sobre mi techo.

Me parece verlo mofletudo, dientes salidos,

oloroso a pólipos y amígdalas inflamadas,

un enorme callo en la barbilla.

Y dale con la escala,

gangosa,

rasposa,

babosa.

Joder, grita el español del quinto.

Mi madre me decía,

tu me fais grincer les dents,

nada que ver con el

tu me tue, tu me fais du bien,

de *Hiroshima mi amor*.

De todos modos, mucho antes,
Shakespeare había determinado
que todo hombre acaba matando lo que ama.
Los pliegues de la sábana me lastiman la espalda
tal como lo había anunciado el horóscopo esta mañana.
Pulcro y lleno refrigerador.

La lata de cerveza con sus bordes escarchados
y el jamón envuelto en papel de aluminio.

Cuestión de valores:

Walkman, gastronomía, zen, *cool*, humanismo,
nadie será defraudado por prácticas manipuladoras.

Escojo la cerveza
y corro de nuevo a la cama.

Me pregunto si realmente los derechos del hombre
son una ideología.

Fernando, el único barman alcohólico no jubilado,
habla en rimas:

la noche es tenebrosa
y no tengo a mi osa.

A mi entender, es uno de los pocos que vive
los derechos humanos como una moral.

Ahueco la almohada,
me chupo el dedo,
y espero que llegue el flaco.

Hay días así.

Zanahoria rallada

El primer suicidio es único
Siempre te preguntan si fue un accidente
o un firme propósito de morir.
Te pasan un tubo por la nariz,
con fuerza,
para que duela
y aprendas a no perturbar al prójimo.
Cuando comienzas a explicar que
la-muerte-en-realidad-te-parecía-la-única-salida
o que lo haces
para-joder-a-tu-marido-y-a-tu-familia,
ya te han dado la espalda
y están mirando el tubo transparente
por el que desfila tu última cena.
Apuestan si son fideos o arroz chino.
El médico de guardia se muestra intransigente:
es zanahoria rallada.
Asco, dice la enfermera bembona.

Me despacharon furiosos,
 porque ninguno ganó la apuesta.
 El suero bajó aprisa
 y en diez minutos, ya estaba de vuelta a casa.
 No hubo espacio dónde llorar,
 ni tiempo para sentir frío y temor.
 La gente no se ocupa de la muerte por exceso de amor.
 Cosas de niños,
 dicen,
 como si los niños se suicidaran a diario.
 Busqué a Hammett en la página precisa:
 nunca diré una palabra sobre tu vida
 en ningún libro,
 si puedo evitarlo.

Blanca nieves

El amor no es mucho,
si no lo tienes.

Hoy vi a Blanca Nieves
soñando con su príncipe
y preguntándole:

¿cómo van tus ahorros?

¿cómo va tu espíritu?

¿quieres tomar un trago conmigo?

¿quieres montar mi potro salvaje?

El testamento

¿A quién dejarás tus cosas cuando te mueras?

Con los ojos absolutamente abiertos,
cae un golpe de sol sobre la cesta de frutas.

La primavera no es predecible.

Deja,

yo haré la lista y enviaré las cartas.

Y si no puedes dormir,

habrá tiempo para encerer la mesa del comedor.

Falta jabón para lavar,

las naranjas están podridas,

la bañera llena de pelos y grumos.

Nadie,

que yo conozca,

ha deliberado sobre su desaparición.

El ojo

Colgué de mi muñeca el ojo de vidrio

azul y negro.

No pude recordar quién me lo había regalado,

pero si tienes un ojo medio muerto,

cargar uno totalmente muerto,

en la muñeca,

puede salvarte.

Silenciosos y atemorizados,

cualquier pedazo

de cualquier cosa,

puede

de repente,

decir palabras.

El ojo parpadeó

a las seis de la mañana

cuando me levaté

para preparar desayunos,

desvanecida por la taquicardia del ron.

Se durmió mientras seguía la ruta cotidiana
y le explicaba,
mira,
aquí había un árbol y
ahora unos camiones botan cemento.
Le comenté lo espantoso que es
ir todos los días
al mismo sitio
por el mismo camino.
Llegando a la fundación,
susurró,
llévame a casa, no soporto tus habladurías.

El mensaje

Al difícil arte de amar

Te dejo antes de que lo hagas tú.

El mensaje cuelga del espejo
pegado con cinta adhesiva.

Detallo mis ojos aplicados por el desvelo.

Las manos me tiemblan cuando vierto el agua hirviendo
en la tetera.

Conversaciones, risas, revolcones.

Tengo que empezar otra historia
con preámbulo, asentamiento y final.

Es una mañana muy apropiada para no ir a trabajar.

Cerca del teléfono, veo su agenda.

La P está borrada y en su lugar,
colocó una M.

Recogía objetos,

los cambiaba de lugar,

y de pie,

con los ojos entrecerrados,

observaba cómo les caía la luz.

Nos comprometimos a vivir juntos,
 a amarnos,
 a honrarnos,
 hasta que la muerte nos uniera.
 Me lo advirtió:
 no sé nada de ti
 y no quiero saberlo.
 Le enseñé a preparar panquecas de zanahoria,
 y le leía su horóscopo
 antes de salir.
 Imagina lo que seremos juntos,
 si no nos morimos antes.
 Eso me enfureció y le grité.
 ¿Por qué gritas?, preguntó.
 Porque no hay nadie más a quien gritarle.
 El tiempo nos hizo indolentes y tristes.
 Comencé a hacerle el amor
 vestido
 y de prisa.
 Supuso que era despedida
 y dejé que lo creyera.
 Hace la mitad de un día,
 me recordó que habíamos dejado muchos proyectos
 por el camino.
 Al principio, le gusté a su madre.
 ¿Por qué no casarse con la persona que uno ama?
 Se echó a reír,
 mordiéndose la punta de los dedos.
 Si nos casamos,
 nos volveremos locos el uno al otro.

Me senté en el borde del sofá.
Seis meses sin prórroga.
Una botella de vodka en el congelador,
un maletín a medio llenar.
El teléfono repicó,
tercamente,
sobre la lista de compras:
leche, agua, naranjas, cigarrillos.
Si te cuento una fábula,
tendrás que mejorarla.
Soy mala para los finales.
El timbre del intercomunicador sonó dos veces.
Pulsé el botón
y la esperé con la puerta abierta.
Tomó la agenda
y frunció el ceño.
Hay cosas a las que no me adapto,
murmuró enojada.
Cuando me separé de ella,
se escurrió hasta el suelo
y se desprendió el lazo que sujetaba sus cabellos.
Arranqué el mensaje del espejo
Y comencé a afeitarme.

Aranjuez

No seas ridícula.

Nadie muere aguantando la respiración.

Piensa en tus huesos quebradizos,

en tus pliegues sudorosos,

en tu vagina seca

y tu calvicie incipiente,

O en un paro cardíaco cuando finjas un orgasmo.

De eso mueren las mujeres.

¿Por qué tienes que ser tan obsceno?

Porque hace veinte años que no voy a Aranjuez

y eso me pone de mal humor.

El dolor

Doblé con cuidado sus camisas

y vacié la gaveta de la mesa de noche.

Dada la magnitud de mi dolor,

leí a Marguerite Duras,

hostil y dulzona ella,

tejiendo un chal para su amado.

Al quinto día,

abrí las cortinas.

La luz cayó sobre el cubrecamas manchado de grasa,

el piso lleno de desechos,

el marco de la puerta descascarado.

Tanto dolor,

por cosas tanfeas.

Miré una vez más su cara de ratón

y tiré todo por el bajante de la basura.

La vecina,

alarmada por semejante volumen de basura,

me preguntó si me sentía bien.

Duele, le dije.

En mi buzón colocaron un anónimo:
 «el que tenga un amor
 que lo cuide
 que lo cuide
 y que no ensucie el bajante de basura de la comunidad».

El día de las madres

Hoy,

día de la madre,
el flaco me llevó a una ferretería
para comprar una llave de paso.
Y le pregunté:
¿no piensas comprarle una batika a tu mamá?
Se acercó,
me besó
y me contestó:
«el lunes pensaré en eso».
Nos fuimos a casa,
cocinó para mí,
escuchamos a Luis Alcaraz,
Daniel Santos y Maelo.
Decidimos que éramos hijos de probeta
fecundados en matrices de cochinos.
Eso impidió toda discusión.

Horario

¿Qué hiciste hoy?

Leí el periódico y no reconocí a ningún amigo.
 Derretí la escarcha de la nevera para que la cerveza
 enfriara mejor.
 Me di un baño de espuma.
 Sequé mi cabello.

No parece que hayas hecho tantas cosas.

Hago muchas cosas y nadie se da cuenta.
 Puedo verme en el fondo de las ollas
 y en el piso de la cocina.

Pero no saliste. Lo habías prometido.

Estuve en la parada.
 Levanté la mano y nadie se detuvo.

Tampoco leíste el libro que te compré

No tuve tiempo.

Nunca tienes tiempo.

Tú tampoco. Y no te molesto preguntando
 ¿qué hiciste hoy?

Imagino cómo pasan las horas en esta casa.

Pasan,

te lo aseguro,

pasan.

Beatriz

Con pene o sin él,
hay cosas que no se pueden hacer
cuando se comienza a sudar
o cuando duele la próstata.
Por eso se suicidó Beatriz
a los cincuenta y tres años.
No quiso participar en la grotesca ceremonia
del elogio a la decadencia.
Cubrió todos los espejos
y colocó sábanas de satén en la cama...
Se suponía que moriría allí,
pulcra y perfumada,
desoyendo al roedor que le mordía la respiración.
Pero prefirió el sofá,
donde había hecho el amor anoche,
con un fiestero profesional,
alquilado para la ocasión.
Dejó una lista
de equivocaciones y aciertos.

La escritura es lo de menos, anotó,
y estampó su firma con letra pequeña,
para que creyeran que era apócrifa.

La mayoría

Es cierto que en abril los lirios se pudren,
 el trigo crece
 y se manchan de sangre las dormilonas infantiles.
 Todos nacimos en abril:
 niños,
 supimos que obedecer implicaba paz.
 Adolescentes,
 descubrimos el valor de la rendición condicionada.
 Finalmente,
 no morimos en el intento.
 Ahora somos sumisos y secretos,
 gordos de ojos saltones
 y carnes blandas.
 Preparamos palabras succulentas
 que pasan por el molinillo de carne,
 y un perro, bien educado,
 espera para engullirlas.

Recién cogidos desafiantes,
meados a destiempo
y solemnes imberbes,
ocupamos el primer lugar en las encuestas.
Somos lo que llaman,
la mayoría.

Nubes sobre el circo

La mañana de Carolina comienza a las once,
puntualidad extravagante
de los insomnes.

La nueva vigilia exige pequeñas rutinas.
Limpieza de los párpados oscuros y del rimmel agrietado,
hasta dejar los ojos enormes solos,
en medio de una cubierta
blanca
y pastosa.

Carolina recuerda la estrella en la mejilla de la niña
suspendida del trapecio.

Su sonrisa brilla en la penumbra del baño.

La piel cobra de nuevo su transparencia.
El cabello enmarañado y opaco vuela solo.

Carlos la contempla hundido en el sillón de cuero,
desgonzado,
profundo.

Carolina tiene largos dedos sin uñas,
y cuando levanta los delgados brazos,

muestra sus axilas mal afeitadas.
Hoy es viernes,
dulce viernes, le recuerda.
No es dulce viernes,
es tierno jueves de Faulkner, le responde.
Carolina es un accidente fortuito
de cópulas dominicales.
Su madre solo le trajo infamias cotidianas:
tu padre es una m-i-e-r-d-a, delectaba.
La mujer de servicio nos roba,
el chofer tiene relaciones con ella,
se quemó el asado,
no tengo nada que ponerme.
Carolina se queda dormida,
el rostro bajo la cobija.
Todavía le faltan unos cuantos pasos
para terminar con la rutina.
La ducha, la recogida del cabello, el traje a escoger.
Cúpulas en Roma, en Leningrado, en México.
¿Quién dijo que la revolución era un exceso?, pregunta.
Trotski, responde Carlos.
Las estrellas y los cometas no son gratis,
¿quién dijo eso?
Un actor llamado Gene Amoroso, en la película
Tres mujeres.
Carolina come una tajada de queso.
Otra de pavo.
Una cucharada de miel.
Ambos se miran, esperando los acontecimientos del día.

Los viejos pueden hacer lo que quieren,
 a nadie le importa.
 Botar lo que no sirve.
 Chorrear de sopa y salsa.
 Escupir y eructar.
 Dame tiempo, dice Carlos.
 Después de tanto silencio, soy muy paciente contigo,
 dice Carolina.
 Bien.
 ¿Cómo empieza una pelea entre amantes?
 Poniendo nubes sobre el circo.
 Respondiendo cuando te hablo.
 Siendo compasivos.
 Comiendo alcaparras.
 Corten,
 murmura Carolina.
 Se levanta,
 liviana,
 de buen humor.
 Salgamos,
 no quiero perder mi identidad.
 Carlos endereza el cuello de la horrible batola
 y la lleva a comer en un restaurante sin estrellas.

Segunda parte

Poemas inéditos

Ternura

Somos teclear de lluvia.

Agonía de lagartos.

Manos de carbón.

Caracoles de azogue.

La partida es un niño,

un perro doloroso,

una hoja muerta.

Somos hombres

sin sílaba

sin sombra

sin lápiz.

Árbol sin viento

y sin ancla

que devoraste nuestras palabras

nuestros limoneros!

Camino de algas y mariposas

que truncaste

el silbido del hombre crucificado.

Somos
aceras mojadas,
plegarias de surcos,
ternura.

Los viajeros

Agitamos la ternura anclada en los parques
como un insecto en una caja de plomo.

Nuestros caminos han perdido sus lagartos que
partían de los ríos hacia el asfalto rojo.
En algún lugar remoto
las fronteras juegan con los perros hambrientos.

Amamos los bancos devorados de piernas y el
muchacho negro que le silba a la niebla.

No obstante el grito se estrangula en nuestros dedos.
No obstante las iguanas cargadas de miel
se devoran en los surcos.

He aquí el llanto de los trenes que cruzan las
estaciones sin detenerse.

Y queremos partir sobre la cubierta de un monstruo.

Sobre las manchas de petróleo que flotan en el agua.

Sobre los halcones que no crecen en las esquinas.

Y nos quedamos,

aferrados silenciosamente al silbido del muchacho negro.

¹Frente al dinosaurio de ojos pardos, supe que el retorno de mis antepasados
[se acercaba.

A su costado el anciano moribundo encendía una hoguera de azufre.

Llovía.

Apoyé mi mano sobre su boca húmeda de ternura presintiendo en la piedra
el paso de un cascabel infantil.

Y habló el dinosaurio de ojos pardos:

“Llévate la lluvia que apaga mi fuego ancestral y camina hacia el país de los
[eternos ahorcados.

El perro negro clavado en el centro de cuatro árboles te hablará del hombre
[de tu única noche

muerto

sobre la ebriedad de las puertas del mal cerradas”

Detrás del anciano moribundo sonrió mi abuelo apretando contra sí su reloj
[de oro.

[1]_ Publicado en el Papel Literario de *El Nacional* con el nombre de María Vestrini.

Sentí nostalgia por las doncellas misteriosas. Todo había muerto.

A mis pies quedaba la herrumbre del dinosaurio de ojos pardos y se acercaba inevitable, el grito de mis antepasados.

A mis espaldas silbó un gato negro. Era el ojo lunar de mi primer aullido
[frente al dolor.

Verticalidad del odio

Sobre tu rostro ávido de llanto ardía
mi risa como la niebla. Fue inútil.
Bajo las banderas hambrientas de lluvia
una mujer puso de pie tu nombre.
Y cuando al fin descifré el enigma
de aquel puente,
la noche se pobló de parques olvidados.

Y no obstante,
frente a la ciudad roja clavada sobre mi piel
repartiste tus manos sobre mil bestias
dolorosas,
me dejaste tendida a la orilla de los prostíbulos
mintiéndole a los niños que sacrificaban pájaros.
En cada esquina encendiste un meridiano.

Quedaban los desconocidos pronunciando mi nombre.
Ya la partida o el retorno eran solo
invisibles muecas de fantasmas asesinados.

Todo se reducía al viejo bosque
cuya frente recordaba el grito de un moribundo.

Oh tú, por quien jamás supe pronunciar
las cosas del viento.

Tú que desfiguras el rostro de la bella desconocida
que te sonríe al pasar.

Tú que olvidas siempre las viejas palabras del mendigo.
Eras tú.

Y supe que agonizabas en las antiguas comarcas del viajero.
Y supe que todas las grandes mentiras llevaban tu signo.

Soledad

A Gloria Reyes, afectuosamente

Soledad es simplemente

ese viejo marinero que nos habla de las Serpientes del Sur.

Es simplemente esa plegaria que se pronuncia
al pasar cerca de un mendigo.

Soledad puede ser
cualquier lagarto arrodillado;
cualquier ciudad que agoniza poblándose de emigrantes
y de mujeres desnudas.

Soledad yo te invoco.
Y la lluvia danza a mi alrededor.

Sobre todas las cosas del olvido clavas tu aullido de niño muerto
y no obstante,
cada vez que te invoco
solo me traes el gesto de aquel adolescente que quería morir
bajo los puentes.

Resucitaste una tarde
mientras yo le mentía al joven desconocido y él me hablaba
de una casa extraña
donde los ancianos daban grandes banquetes y ofrecían sacrificios.
Resucitaste soledad.
Conocí entonces el nombre del que me hablaba.
Comprendí que la casa extraña
no era sino una vieja palabra cuya ternura utilizaban
mis antepasados para enamorar a las bailarinas del fuego.
Descubrí la mentira del tranvía que devoraba al estudiante.

Y nuevamente Soledad
me levanté contra todas las ventanas del mundo,
contra todas las palmadas dadas en los cinematógrafos.
Me levanté soledad.
Y la lluvia danzó a mi alrededor.

Algo desapareció

mientras escuchábamos
el crecimiento del agua
sobre los niños.

Aún recuerdo tus manos
devoradas por la risa.

Cada vez que preguntabas
la noche te golpeaba la frente y
quedabas mudo
sobre la oscura náusea del insomnio.

Era imprescindible la presencia
de una calle.

Constantemente te volteabas hacia ella
inventando un nuevo rito sobre la acera.

Cuando descubriste el llanto
bajo mi puerta, ya no creías en el fuego.

Y al mirar sobre los bares
el rostro de mil lámparas hambrientas
preguntaste por aquel hombre

que vendía monedas oxidadas

en las cafeterías.

Desde entonces las casas te ladraron al pasar

y todos los gestos giraron sobre la arena

asesinando tu calle.

Un día recordaste

la melancolía de los barcos

donde las mujeres batían palmas en señal de ternura,

donde grandes caballos se amaban con un silbido.

Preguntaste una vez más y nuevamente

crucificaron tu aullido sobre las ciudades.

Mediodía

¿Qué diré cuando la gente se detenga
para tocar mi rostro?
¿Cómo les hablaré de aquellas playas moribundas
donde el mar se disfraza de antigua doncella?
Estos no son los sitios apropiados para amar:
solo al mediodía se aman los hombres.

Quiero al niño de ojos azules
por el cual nacen las tardes
mientras las madres conversan.
Quiero las infinitas calles de mi pueblo
onde la lluvia rueda como una manzana.
Quiero los marineros que giran sobre la noche
como cortesanos.
Es inútil que me hables de amor
solo al mediodía se aman los hombres.

He aquí la hora de extender las manos
bajo el viento.

De golpearse la frente en la superficie
de los ríos.

De mirar los enamorados por encima del hombro.

Siempre hay una hora para todo eso,
pero solo al mediodía se aman los hombres.

Los ancianos que se detienen en las esquinas
para saber la hora
nos hablan siempre de ciudades lejanas
donde los niños juegan con flores amarillas.
Aman la muerte arrodillada detrás de los árboles
mienten al extender su mano sobre
las vitrinas iluminadas.
Frente a ellos solo sabemos decir
que la tristeza es pequeña
como un río.
Que nuestra edad se pobló de dulzura
al pasearla por las calles.
Y nos contemplan llamándonos culpables
cuando enarbolamos banderas sobre
los vasos de vino
culpables
porque nuestros brazos son pobres para amar
culpables
porque tenemos la piel hecha de mil cosas dulces

porque cruzamos los dedos para hacer silbar los pájaros.

Los ancianos se quedan por nosotros

en los sitios que amamos.

Y recuperan nuestras manos apretando la luna.

Las buenas razones

I

Como si aún hubiera tiempo para la torpeza
y la adolescencia,
pienso en Venecia,
en las persianas que suben y bajan
diferentes a todo ruido.
Más que la lluvia nauseabunda,
me conmueven las cosas de la memoria,
cosas de pacotilla.
En la mudable estación,
cuando la neblina se abate de norte a sur,
mueren mis parientes a lo lejos
coagulados en un pocillo de barro.
Con el oscuro privilegio de la nostalgia,
sé que en definitiva,
fuera de las grandes ciudades
lo único soportable es el mar.

II

Es hora de concederse una tarde bien nutrida
y de cantar
como todo el mundo,
I can't stop loving you;
hora de prevenirse contra futuras maternidades
contra los que brindan por su generación,
contra el alivio de no esperar a nadie,
contra esta casa,
donde diariamente se corre el riesgo de morir
sin haber leído a Ian Fleming.

III

Todo comenzó siempre por el tumulto,
como si las mujeres nacidas bajo el signo de Tauro
dejaran de ser apacibles desde la infancia.
Soy de aquellas que olvidan todos los años
en la misma época.
Oigo entonces llover desde la cama,
mientras el débil delirio de la muerte
flota en la sala,
entre un crujido de papeles y gavetas,
entre un amasijo de días cortantes y graves.
Y al mismo tiempo:
-Mi historia contigo ha terminado,
puesto que no conoces ni a
Manhattan, ni a la Vía Dei Fiori
Scuri, ni al Hotel Primavera.

IV

Algunos hablan todavía
de la mala infancia que nunca tuvieron,
de la mansión que construirán en las afueras de la ciudad,
de las implicaciones criminales de la vida en común,
de Eleonora, la recién llegada,
de los muertos,
de Marienbad,
del parto sin dolor,
de familiares insolventes,
de la soledad,
de alguna mujer conocida en un bar,
del sopor.

Todo ello,
con una falta de gracia irreversible.

V

En los pueblos donde vivimos una vez,
la gente es dura y melancólica,
como si nada estuviera ya al alcance de la mano,
como si hubiera sido inútil poner las cosas en su lugar,
ceder antes de morir,
tener ese aire mezquino y frío,
apropiado para la euforia.
Trato en vano de hacer hablar a los espíritus,
desde el cuarto desordenado y compasivo.
Vencidos de antemano por la cólera,
pierden para siempre sus hábitos sentimentales.

VI

Hubo cierta edad maloliente y ridícula:
—Si en Massachussets, por ejemplo, alguien
levanta su copa y orina en la campiña
desierta, nadie debería estar aquí.

Los barcos eran entonces
asuntos de interés público.

VII

Al dejarse socorrer en la infancia,
mi mejor amiga fue una niña redonda y fétida,
que aprendió a acariciarse sola
los senos y el cuello
tal como se aprende ahora a tener amigos.
Ella me llama parturienta de buena muerte
y entre el mar y la ciudad, dice:
...la salud de un pueblo...

Y su voz se pierde en la noche.

Tras ella,
alguna espantosa anécdota.

VIII

Uno muere sin haber dejado de pensar
en la casa de los amigos,
donde recuerdo ahora
con inefable placer,

el vino claro de una taberna italiana.
 En algún disoluto territorio,
 el estrafalario caballero de la rosa
 tiene aún memoria para todos nosotros,
 y para mí,
 la jadeante memoria de aquella escritura
 en múltiples idiomas,
 recomienza a palpar,
 densa y lechosa en la oscuridad.

IX

Era inútil pensar
 en quién cerraría los ojos de estos europeos
 atolondrados en un patio de verano.
 Familias de tres hijos,
 fieles a una siesta sudorosa,
 perdidas en alguna pesadilla de niebla
 y ciudades mineras del norte,
 a la espera de un desastre,
 de los que ocurren en Europa,
 por la mañana,
 cuando es víspera de domingo.

X

Mi empleo del tiempo
 no me causa jamás risa.

XI

Después de abrir de par en par
la habitación de los huéspedes,
mi padre me obligó a sentarme allí,
a no hablar,
por ningún motivo.
El abuelo,
procedente de Dublín,
había muerto,
mientras cruzaba la plaza del pueblo.
Y el murmullo rondó toda la tarde:
 ...oh delirio de niños bien nutridos
 que se enojan
 y aman de amor a su madre...

Creí ver entonces,
desde los balcones de la bolsa,
resucitar aquellos que lo perdieron todo.

Las historias de irma

Como ahora tú

en algún departamento del sur,
dejas de fumar y miras por la ventana,
al acecho,
no creo en la memoria.

Toda la noche, Irma le ha sostenido la cabeza esperando que concluya su delirio, sus gestos de adolescente crecido. Irma semidesnuda, muerta de risa, impregnada de un perfume oscuro y dulce. Irma que le habla entre dientes y mira de reojo la hora. Irma, despeinada, con el brazo entumecido a fuerza de aguantarlo contra el diván.

Lo dicho en torno a los viajes,
aquello en particular que se leía en la casa
a determinadas horas,
se revuelve aquí,
en el torbellino subterráneo de ciertas playas del norte
donde nadie sabe cómo
murió el marinero que jugaba dados en el extremo del muelle.

Es demasiado temprano para echarlo a la calle con sus cuatro pesos arrugados o para dejar de acariciarlo de repente. Mira a veces a Irma y le tiende la boca manchada en las comisuras. Irma lo cubre al inclinarse hacia él y no hace nada para evitar el olor, la pasta de baba, lágrimas y sudor que le empapan el rostro. Comienza a amanecer, cuando el hombre cierra los ojos e intenta dormir.

Según el dueño de la botica,
la existencia del marinero es cierta.
En más de una oportunidad,
a la hora en que la neblina enturbiaba la fuente de la plaza,
vio la chaqueta azul y los cuatro botones dorados
y los zapatos de lona y el pañuelo flotando por encima del pantalón.

Sonaba los dedos al cruzar la esquina, gritando no se sabe qué cosa, con el viento revolviéndole los cabellos. No se llegó a verle nunca la cara, hasta que lo sacaron y lo tendieron sobre el muelle. Estaba duro y sucio, con el cuello de la camisa abierto, la chaqueta manchada, como si se hubiera revolcado en petróleo.

A causa del marinero
decidí marchar al sur.
Ahora recuerdo

el taburete gira, me arrastra lentamente hacia un lado, percibo
el olor a fritura, el vaho húmedo del agua caliente en el lavaplatos.

Fue una decisión difícil de evitar,
como si se tratara de describir los mares del Sur,
“inmensas extensiones de agua azul y salada, cuyas corrientes auspician

la reproducción de peces y algas”,
o de hablar del mal humor impreciso de las llegadas a algún lado,
en particular,
a estaciones austríacas.

Irma descubre que el hombre es diferente a los otros. Viene de
paso ha dicho, y desde un principio quiso tocarle los senos, hablarle del sur,
mirarla y preguntarle si entendía lo que estaba diciendo.

Es importante saber ahora
cuándo comienza la primera aventura europea y si alguna vez existió.
No importa ignorarla,
reducirla a una voraz temporada de camas deshechas
cuentos inacabables y tristes,
idéntica luz que desde el balcón se mezcla con el oeste de la ciudad.
Pero mientras aumenta el olor a fritura
pienso que es grave no poder confundir los acontecimientos
en una sola historia lisa y tranquila,
con personajes anormales o no,
siempre en orden alfabético.

Y de esa historia sabríamos tú y yo,
tú en el departamento del sur
yo en estas playas del norte

Un repentino sobresalto del hombre hace que Irma se en-
derece para calmarlo. Tiene de nuevo los ojos abiertos y la mira sin pestañear,
como si acabara de recordar algo importante, inaplazable. Irma desea entonces
desvestirlo, acariciarlo, ayudarlo a memorizar lo que parece escapársele y ator-
mentarlo a la vez. Acerca una mano, pero ya el hombre cierra los ojos y ella

sabe que está deseando irse: la proximidad del alba lo regocija, porque dentro de poco, podrá marcharse sin agregar nada.

Aquel marinero conoce bien el desorden de las mañanas de octubre,
la rigidez en la nuca que comienza al levantarse,
espantoso signo de que nos vamos a morir,
tiesos y enérgicos,
incapaces de hacer un gesto para evitar el síncope
Pensaba el marinero que la costumbre de recordarlo todo
preservaría su presencia en el muelle
y la historia como había logrado subsistir en la memoria de la gente

Irma suelta la cabeza del hombre, retira el brazo que cada vez pesa más y ahora, los cabellos grasosos se confunden con el terciopelo manchado del diván. Cierra la bata, se recoge la larga melena hacia atrás, sin dejar de mirar la silueta del hombre, la tapicería rota en algunos sitios. Teme complicar la rutina adquirida de una vez por todas, cuando después de ver en una vitrina del centro aquella mujer rubia y esplendorosa que invitaba a conocer Grecia, decidió que las luces del Mediterráneo y los jardines colgantes de Babilonia eran una razón más que suficiente para no hacer sino lo indispensable.

Pero si de memoria se trata, no seamos cómplices.
No es el marino, ni las playas del norte
ni el taburete que gira, ni la fresca sombra de Luxemburgo,
ni el extraordinario roce de las sábanas
ni la imagen de los mares del Sur en las revistas de moda.
A pesar de la hora avanzada, se asegura que nadie saldrá de allí
hasta tanto no se cante una balada.

Irma sigue con la mirada los vasos que van de mesa en mesa

o se haga el amor a la francesa sobre las banquetas de raso rojo.

como ahora tú,

y la gente aplaudirá cuando ocurra,
 siempre y cuando pueda verse la blancura de las piernas entreabiertas,
 escucharse el jadeo,
 aspirar el olor a aguas ácidas,
 olor que permanecerá después de las risotadas,
 retumbando contra las paredes del reservado lleno de manchas
 y de letreros obscenos.
 Como ahora tú,
 y no estoy recordando, podría jurarlo,
 tiene que haber alguna coincidencia en la manera
 de desabrocharme la blusa
 y levantar la cabeza para ver si va a llover.

El hombre está despierto, Irma lo sabe, pero continúa inmóvil.
 La luz gris y fría que entra por la ventana, es insoportable. Irma rehúsa hacer
 café, lavarse la cara, vaciar los ceniceros. A la espera de algún acontecimiento,
 se sienta frente a él, con la ciudad, el aire del norte a sus espaldas, indiferente
 ya a todo juego.

El invierno próximo

Días tranquilos que pasan como una ráfaga de viento
porque el invierno próximo,
lo sé,
cuando no haya testimonios posibles
que mitiguen el temblor y la soledad,
bufará la lluvia tras los muros encalados.
Tardío se hace el invierno,
imágenes del invierno próximo
arrogantes y graves
como el desorden amargo de la casa.
El país, decíamos,
lo poníamos en las mesas,
lo cargábamos a todas partes,
el país necesita,
el país espera,
el país tortura,
el país será,
al país lo ejecutan,
y estábamos allí por las tardes

a la espera de que alguien se pusiera triste
 para decirle
 no seas idiota
 piensa en el país.
 Ahora,
 la estación de las lluvias está próxima
 y no es cosa de preocuparse.
 Cuando el vecindario amanezca sofocado por el furor,
 pensaremos en la rudeza de nuestros antepasados
 y la vecina,
 recogidas sus anchas piernas desnudas,
 me mirará muy quieta,
 preguntándose
 por qué me importa tanto el invierno próximo.

No huelas la tinta,
 ni el papel,
 ni la niebla del puerto,
 no te dejes ir,
 atiende esta larga ceremonia en la cubierta del barco,
 especial ceremonia de la gente
 que quiere saber cómo será el invierno próximo.
 No más esfuerzos para tolerar la enorme y disparatada congoja,
 para percibir el ruido del viento
 en ciertas calles confusas de la ciudad,
 más confusas aún cuando a medianoche
 alguien cruza por la casa.

Imágenes del invierno próximo,
 el vino bueno,

la nieve cubriendo los pinos de San Genignano,
coles y papas creciendo bajo el hielo,
tantas cosas han sido lamentos,
mala memoria de lugares magnificados,
gran sombra de estancias y montañas:
espera el invierno próximo
y callarás tú también al paso de las cabras.

Alguien se levanta
y mira por la ventana,
toma cerveza al amanecer,
abomina las imprecaciones,
sabe que al fin,
habrá algo no memorable.
Se permanece,
pensando por primera vez en Ámsterdam
o en los fantasmas de San Felipe,
o acechando en los ojos del amigo
los primeros síntomas de una muerte precoz.
Imploré el conjuro
en la penumbra resistente
mientras inventabas los gestos del que finge no marcharse.
Afuera,
el invierno próximo había comenzado ya.

Billie, oh Billie, ¡cuánta falta me haces!

Ven,

cántame un blues,
 I gotta right to sing the blues
 siéntate conmigo en el lado iluminado de la calle
 tócame con tus dedos de arcángel dormido
 despierta a Billie para que nos acompañe.

Ven

tengo todo el tiempo para un blues
 el corazón me tiembla
 me duele de soledad
 se queja.

Ven

dile a tu amigo que no se marche
 que arrastre un poco el ritmo
 que deje venir el blues
 hasta que se asome al desván
 y le cante a Billie

oh Billie
despierta
ha vuelto
el hombre que tú amas.

Pata de pollo

A Gianna

Pata de pollo.

Frágil dama de una calle romana,
niña del lavandero
canta que canta,
mientras escurre su cabello en la fuente.

Gira por la pequeña casa
como un delicado papagayo de las islas griegas,
canta que canta,
el rostro hacia la luz
blanco y transparente
cuando las manos lo palmean.

Pata de pollo
perdió el invierno
el frío,
las largas noches de canto.

Sin la memoria de los montes sardos,
sentada en el resplandor de la gran ciudad,
pata de pollo espera.
Ha dejado de cantar

y solo ama a la pequeña gente de sus nostalgias.

En el Vietnam

En el Vietnam

se deja de ver la lluvia todos los días
y ese aspecto humillante de la muerte
que es el olvido
crece en los sembrados de tomates
mientras todos imaginan el mar

en el Vietnam
hace mucho tiempo que no llueve
(ese aspecto humillante de la muerte
que es el olvido)
en el Vietnam no llueve ya

todos saben en el Vietnam
que no lloverá durante muchos meses
todavía es útil imaginar el mar
caminar y correr
en torno a los sembrados de tomates

aquí en cambio nos consolamos con insulsas bailarinas
hacemos películas sobre las casas
y hasta podríamos jugar bolas
si se pone de moda.

Un pájaro canta alucinado porque ha muerto su compañera
se lo digo a la policía

es buen indicio
responden

Suena la guitarra de un cuidador de ovejas
se lo digo a la policía

es buen indicio
responden

Retumba el trueno sobre la montaña más alta
se lo digo a la policía

es buen indicio
responden

Alguien se queja en la sombra
se lo digo a la policía

es buen indicio
responden

Despanzurro al cerdo que me traiciona
se lo digo a la policía

es buen indicio
responden

El sospechoso besa a su amada
se lo digo a la policía

es buen indicio
responden

Un hombre corre bajo la lluvia

es buen indicio
responden

Alguien juró matarme

es buen indicio
responden

La inocencia

El prófugo que toca a mi puerta

Gruñe

se acurruca

abre los ojos en la oscuridad

acomoda sus piernas entre las mías

tuerce los brazos en busca de la madre

levanta la espalda para que lo soben

empuja la almohada con las dos manos

esconde la nariz en mi cuello

pide agua

llama a gritos a su mujer

reclama más atención para sus penas

protesta porque hay mucha luz

pide un trago dice que el dolor de cabeza lo va a matar

solloza suavemente

toca mis pies con los suyos

mi vientre con el suyo

mi frente con la suya

ríe

me ama

y duerme

Morir para siempre

Si me jugara la vida por la muerte
ningún transeúnte me haría triste a voluntad
ni pasaría dos veces por la misma calle
donde acecha el cantor
de las malas nuevas

Si me jugara la vida por la muerte
cada mañana sería tarde a propósito
para estar en el blanco de los verdugos
y ver pasar al loco de Laugharne
ese mismo que revuelve tu alcoba

Si me jugara la vida por la muerte
tendría una ciudad de algodón
toda para mí
toda estrujada y clara
como playa de auroras y naufragios

Si me jugara la vida por la muerte
no habría día parecido a este
el cielo cambiaría de rumbo
se iría cuan largo es
con la cintura de Orión

Si me jugara la vida por la muerte
no acataría la voz de alto
no aceptaría ser desaparecida en la alta luz de la noche
jamás
vendrían a buscarme en la alacena

Si me jugara la vida por la muerte
¿quién tocaría la sangre que corre mientras duermo?
¿quién golpearía la puerta mientras estás en mí?
¿quién osaría estropear la casa?
¿quién pondría la mano sobre ti?

Si me jugara la vida por la muerte
sería inútil decirme versos
empujarme contra el filo de la acera
cobrar tragos que no bebí
hacerme llorar con alevosía y premeditación

Si me jugara la vida por la muerte
habría un perfecto golpe de luz sobre el mar
y alguien se desesperaría
de haber dado mi vida por la muerte

La historia de O

Cuando despiertes

guarda silencio

descubre el goce

Acepta la desmedida

clama por la sumisión

niégate a los argumentos

enójate por todo exceso de amor

el agua de los sepulcros estará en ti

agua de rezos y pantanos

lo insoportable vendrá después

cuando el viento levante olas en los estanques

y no puedas ver

como desapareces bajo la tierra

La reacción

Mi primer negro se llamaba scope
olía mal al aire libre
me tocaba con miedo de negro
porque yo era blanca

Mi perro tenía orejas de cazador
pero no dejé que fuera sabueso
porque podía comerse a scope
en el jardín

Una amiga me lo contó todo
tienen el cerebro pequeño y la paloma grande
dijo
y añadió:
cuando es al revés no sirven para nada
son peores que los blancos

La sibila

Pasan cuatro viernes

dos lunas
una sangre toda mía
sesenta noches de funestos cantos
cien escalones de la casa

Comienza un día siete el solsticio de verano
seis veces repite el eco
cuarenta grados queman las manos de Dafne
cuatro ríos se salen de su lecho

Pero en la sombra
esperando de puntillas
a las tres de la mañana
un príncipe que se masturba
cuenta hasta veintiséis
porque dice
es la hora del placer

La lámpara

No me gusta que nadie esté presente
cuando el cielo gris me cae encima como lluvia de tambores
y viene la canción del conjuro

oh santísimo espíritu haced que
nazca en mi corazón un odio mortal y que en el resto de
mi vida desaparezca de mi presencia

No me gusta que nadie esté presente
cuando regreso sumisa
dispuesta a cambiar
de estaciones
echada en la oscuridad

clara es la luna claro es el sol sea
la vista de nuestro señor por vuestra intercesión

No me gusta que nadie esté presente
cuando rezo la oración

para no tener nubes en los ojos

nube nube de sangre o agua formada
en honra y gloria de la santísima trinidad que sea prontamente curada

No me gusta que nadie esté presente
cuando le temo a mis enemigos
y rondo por el patio haciendo cruces

contra vos mando que sin demora
marchéis de esta casa haciendo disolver cualquier maleficio que hayáis echado
vos o cualquiera de vuestros ayudantes

No me gusta que nadie esté presente
cuando la lámpara permanece encendida
tres días y tres noches

yo alumbro esta lámpara es a
tu corazón que yo alumbro es para hacer lo que quiero con tu espíritu y pre-
tendo que vendrás a buscarle con la voluntad del espíritu infernal

No me gusta que nadie esté presente
cuando
estoy en el eterno santuario
de tu gloria
y me muerdes la punta de la nariz
para que me ría
y te pase la mano sobre el lomo.

El llanto

Siempre hay una habitación a oscuras
para tener lágrimas tras las persianas
sobre las rodillas
el papel se deja amar
y los muebles celebran el silencio.
Es el instante de la certidumbre
de las manos quietas en la mesa de fórmica
tenemos penas
y afuera
todos
todos lo ignoran

La pena

¿Te quedarás un tiempo?

Me quedaré
hasta cuando cuentes tu último sueño

no le temas a la calma que ronda
o al ruido de la seda recién lavada

no hagas apetencias de esta desesperanza
de esta desdicha tan simple

¿Te quedarás un tiempo?
Claro,
hasta que vengan por nosotros.

El uso

Lo que no uso:

el autobús que va al silencio
el transformador de corriente
la gallina comprada en Delft
el libro del film *1962* de Vittorio Spinazzola
la escultura desmontable de Berrocal
el reloj de arena para cocinar huevos
el timbre de la conserje
el buzón de reclamos de los hoteles
la sexta velocidad de la lidiadora
la tabulación de sueldos
las bolsas de plástico y papel en los aviones
la guía turística de Estambul
el seguro de vida para invidentes
los antecedentes penales
la liberación de los pueblos
y las palabras
del pliegue y el despliegue.

No más

No más negros vestidos de cardin
empatucados de cardenal mendoza.
No más carajitas de ojos entornados
frágiles codos
y abominables silencios.
No más letreros para mandar la gente a casa.
No más invitaciones que preocupan un día antes.
No más mecenas.
No más temblor de atardecer
sin otro alegato que el propio.
No más muertos a quienes velar de lejos
porque se mueren cuando uno no está.
No más niñas redondas y gentiles
taconeadas por nodrizas impolutas.
No más el reflector en la cara.
No más envidiar al que llega
en este momento a San Francisco.
No más temor de la conjunción de los astros.
No más creer en maleficios

y espiar a la luz de una vela
la llegada del señor.
No más pedir amor y sentirse miserable.
No más patanes a sueldo.
No más hacer lo mejor posible.
No más
coño
no más.

El testamento

Te preguntan,

¿a quién dejarás tus cosas cuando mueras?

Entonces miré mi casa y sus objetos.

No había nada que repartir,

salvo mi olor a rancio.

Y la rata.

Ésa que permaneció hostil y silenciosa,

esperando que ocurriera.

Inútil darle de comer

y suavizar su cama con jabón azul.

La esperé cada noche,

ansiosa de ver cómo sus largos bigotes

dejaran de esconder los dientes puntiagudos y depredadores.

Allí estuvo,

mirada astuta

y silencio de esfinge,

esperando que mi sangre corriera.

Vana espera.

La muerte llegó de adentro

por primera vez, calmada y definitiva.
Escribí en la pared su nombre,
para que el último golpe de sol,
a eso de las diez de la mañana
pusiera sombra en mi testamento:
“La rata no permitió que viera la primavera”.
Después de muerta,
hice la lista.
Una cena en el mejor restaurante
para Ángeles y Carlos.
Mis libros, mis inéditos guiones para José Ignacio.
Mis sueños para Ibsen.
Mi tarjeta Abra para Yibis.
Mi carro para Alberto.
Mi cama matrimonial para Mario.
Mi memoria para Salvador.
Mi soledad para la Negra.
Mis discos de Ismael Rivera para la Negra.
Mis poemas titulados “Granada en la boca” para la Negra.
Mi dolor de adolescente y madre para Pedro.
Mis cenizas para Ernesto.
Mi risa para Marina.
La noche anterior,
le había dicho a Ángeles y a Carlos,
si no puedo dormir,
escogeré la muerte.
El pernil de cordero estaba tan sabroso
que no me hicieron mucho caso.
Recuerdo que en una esquina de Chacao,
ella me abrazó y le dije,

el próximo viernes los invito yo.
 Su cabello corto
 y su felicidad por habérselo cortado,
 me hizo entender que ya no era la apaciguada madre de Carlos.
 Apoyé mi mejilla sobre su hombro.
 Fue algo de segundos,
 pero sentí que con la tijera sobre su melena,
 algo se había ido.
 Algo que no llevaba su nombre,
 rondaba ahora las noches de insomnios y alcohol
 en el barrio de la familia.
 Morirse deliberadamente,
 requiere tiempo y paciencia.
 Evocas la muerte gratuita de un hijo,
 cosa que a ti nunca te sucedió.
 La pérdida de objetos
 y el silencio de una casa devastada,
 tampoco te sucedió.
 El dedo feroz de un enemigo señalándote
 como un ser despiadado.
 Pasa pero no es mortal.
 Dos partos,
 diez abortos
 y ningún orgasmo.
 Una buena razón.
 El silencio de tu compañero cuando le preguntas,
 ¿por qué ya no me quieres?
 ¿Qué hice?
 ¿En qué fallé?
 Y luego el recorrido por aquellos espacios silenciosos

y vacíos,
con tu presencia encorvada,
torpe.
Constatas que no hay jabón para lavar
ni favor para planchar
y a lo mejor,
esas naranjas están podridas.
Entonces recuerdas:
una terraza a las siete de la mañana,
sobre el mar,
y alguien diciéndote,
le tengo miedo a las alturas
pero te amo.
Y luego,
el regreso a la ciudad,
y la mazucamba de un hombre desnudo y alegre.
Piensas de nuevo en lo deliberado.
No es azar.
No es venganza.
Es tu mano
de palma sudada
tocando tu muslo.
Remontando un poco más
y recordando el desasosiego de tu compañero,
por la penumbra maloliente
de tu placer.
Siempre hay un antes
antes de morir.
Antes,
quiero comer unos tortellinis a la crema.

O tomarme un trago de Tanqueray.
 O que me abracen con manos fuertes.
 O, como dice Caupolicán,
 que me pongan en presencia de Maiquetía,
 la ciudad más hermosa de este país.
 La deliberación entorpece la muerte.
 Nadie,
 que yo conozca,
 ha deliberado sobre su desaparición.

Bibliografía

SCHWARTZ, C. (2002). *Miyó Vestrini, el encierro del espejo*. Editorial Blanca Pantin.

VESTRINI, M. (1971). *Las historias de Giovanna*. Editorial Tiempo Nuevo.

_____ (1975). *El invierno próximo*. Editorial La draga y el dragón.

_____ (1986). *Pocas virtudes*. Dirección de Cultura, Universidad Central de Venezuela.

_____ (1994). *Todos los poemas*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas.

Hemerografía

Cuadernillo n° 20. Recital Miyó Vestrini. Espacios Unión. Caracas, 1999.

Papel Literario del diario El Nacional, Caracas: 7 de mayo de 1956, 23 de junio de 1968 y 29 de octubre de 1972.

Revista CAL n° 57, Caracas, 31 de agosto de 1966.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-117-6

Depósito legal

DC2022001420

Caracas, Venezuela, octubre de 2022

La presente edición de
TODOS LOS POEMAS
se realizó
durante el mes
de octubre de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La edición
consta de
10.000 ejemplares

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Todos los poemas La poesía de Miyó Vestri, aunque no demasiado extensa, es de una diversidad y una profundidad que reflejan los conflictos de una existencia atormentada, inquietudes literarias y, además, una postura política en el contexto de los convulsos años sesenta en Venezuela; una lírica donde la brevedad del verso concentra una intensidad inusitada y los silencios son tan elocuentes como el más potente de los gritos. Es la voz de “Las historias de Giovanna”, una que enuncia fragmentos reiterativos de la existencia femenina que se reafirma en un rol, cuya fatalidad está en la conciencia de sí misma y sus implicaciones; donde la lucha armada y el dolor por la pérdida amorosa abordan tanto una dimensión personal como colectiva del mundo. En el poemario “El invierno próximo”, el temblor del frío pareciera ser también un estado de alma desolador, donde desde el país se sigue cargando a costas, pues: «Toda la vida no vas a tener ganas de saltar cuando veas el mar o cuando haya luna llena». La crudeza de la urbe y de la brutalidad del poder se expresa en «Valiente ciudadano», cuyo desenfado del lenguaje urbano expresa con naturalidad los sinsabores de la calle. Es así como esta antología recoge parte de la memorable obra poética de Vestri, cuya existencia si bien estuvo marcada por el signo de la muerte, la poesía fue ese tamiz donde pudo cifrar lo crudo de su tiempo.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

